

LA NUEVA JERUSALÉN REVELADA



OSVALDO REBOLLEDA

LA NUEVA JERUSALÉN REVELADA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Naturaleza, identidad y propósito.....	9
Capítulo dos:	
El plan eterno de Dios.....	25
Capítulo tres:	
Escudriñando la esencia de la ciudad.....	37
Capítulo cuatro:	
La tierra renovada.....	52
Capítulo cinco:	
La Iglesia y su destino eterno.....	65
Capítulo seis:	
El poder de la esperanza.....	79

Capítulo siete:

Implicaciones ministeriales.....95

Epílogo.....109

Reconocimientos.....115

Sobre el autor.....117



INTRODUCCIÓN

“El que estaba sentado en el trono dijo: ¡Yo hago nuevas todas las cosas!. Y añadió: Escribe, porque estas palabras son verdaderas y dignas de confianza.”

Apocalipsis 21:5

Hay temas que duermen en las páginas de la Biblia como tesoros sellados, esperando que una generación se atreva a abrirlos nuevamente. Entre ellos, quizá uno de los más olvidados, ignorados o subestimados es la revelación de la Nueva Jerusalén. Un concepto inmenso, glorioso, central en la consumación del Reino... y, sin embargo, casi ausente en la predicación moderna.

No solemos escucharlo en nuestras iglesias. No aparece en la formación básica de los creyentes. No figura entre los mensajes “prácticos”, tan valorados en tiempos donde todo debe ser inmediato y útil. Pero paradójicamente, se trata de una de las revelaciones más importantes del final de la Biblia, y una de las piezas clave para comprender la esperanza eterna de todos los hijos de Dios.

Nos hemos acostumbrado a decir que “iremos al cielo”. Hemos imaginado la eternidad como un estado etéreo, espiritual, casi gaseoso. Reducimos la esperanza cristiana a “salvar el alma” para escapar del dolor. Pero la Escritura describe otra cosa: nuevos cielos y nueva tierra donde more

la justicia; una creación restaurada; un Reino eterno donde los santos reinarán con Cristo; una ciudad gloriosa preparada por Dios; el momento en que Dios mismo habitará con nosotros de manera literal (**Apocalipsis 21:3**).

Esa ciudad tiene nombre, estructura, medidas, puertas y fundamento. Es presentada como el escenario final del propósito eterno de Dios. Es anunciada como la morada definitiva de la Iglesia, no como metáfora distante, sino como realidad consumada.

Sin embargo, para muchos cristianos, la Nueva Jerusalén sigue siendo algo difuso, simbólico, relegado a interpretaciones poéticas o alegóricas, como si fuera apenas un lenguaje figurado para describir “la bendición de ser salvos”. Pero no es así.

La Biblia no trata la Nueva Jerusalén como un simple símbolo. La presenta como una ciudad real, diseñada en el cielo y descendida sobre la tierra renovada; una ciudad preparada para ser el centro del Reino eterno. Espiritual en su naturaleza, pero concreta en su existencia. Glorificada, no material según los parámetros actuales, pero absolutamente literal en el nuevo orden creado por Dios.

Para comprender la Nueva Jerusalén debemos volver a la Escritura sin los lentes reduccionistas que la modernidad nos impuso. No debemos acercarnos a este tema como si los textos fueran mera poesía, sino sumergirnos en la escatología con humildad y reverencia. No se trata de metáforas: se trata

de nuestro destino eterno. No son alegorías: es el cumplimiento del propósito divino preparado desde antes de la fundación del mundo.

Este libro nace como una invitación clara y necesaria. Un llamado a redescubrir una esperanza que muchos dejaron olvidada; un impulso para volver a mirar la consumación del Reino con ojos de fe. Porque la Nueva Jerusalén no es un tema decorativo: es el corazón del final de la historia bíblica.

Al explorar este tema iremos comprendiendo que la eternidad no será un cielo etéreo, sino una creación renovada; que la Iglesia no es solo un pueblo rescatado, sino una esposa preparada; que el destino final de los santos no es “ir al cielo a tocar el arpa sobre las nubes”, sino habitar y reinar con Cristo en la tierra redimida, y que la Nueva Jerusalén no reemplaza la tierra: la corona.

El Reino que predicamos hoy encontrará allí su plena manifestación. Comprender la Nueva Jerusalén es reencontrarnos con la esencia misma de nuestra esperanza. Y cuando la esperanza se ordena, todo en la vida cristiana se ordena: la misión, la santidad, el servicio, el propósito y el carácter. Por eso creo que este libro será de gran bendición para muchos.

Mi oración es que, mientras avancen en estas páginas, el Espíritu Santo les otorgue revelación espiritual para contemplar lo que Juan vio: una ciudad viva, resplandeciente, santa, palpitante de gloria, esperando el momento de

descender. Una ciudad que no representa simplemente una idea, sino un futuro real. Una ciudad revelada hoy a través de las Escrituras para dar impulso a nuestra fe presente.

Es evidente que este libro no pretende agotar el tema: la Nueva Jerusalén es demasiado grande para ser contenida en unas pocas páginas. Pero sí busca abrir una puerta hacia una comprensión más bíblica, más profunda y más reverente de lo que Dios preparó para quienes lo amamos. Porque cuando entendemos hacia dónde vamos, aprendemos a vivir con más sabiduría y propósito en el presente.

“Le pido a Dios, el glorioso Padre de nuestro Señor Jesucristo, que les dé sabiduría espiritual y revelación para que crezcan en el conocimiento de Él. Pido que les inunde de luz el corazón para que puedan entender la esperanza segura que Él ha dado a los que llamó, es decir, su pueblo santo, quienes son su rica y gloriosa herencia.”

Efesios 1:17 y 18 PDB



Capítulo uno

NATURALEZA, IDENTIDAD Y PROPÓSITO

*“Yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén,
descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa
ataviada para su marido.”*

Apocalipsis 21:2

Hay realidades que parecen tan gloriosas, tan extraordinarias, que la mente humana intenta reducirlas a metáforas para poder manejarlas. Creo que eso es lo que nos ocurre con el tema de la nueva Jerusalén. Quizá por eso, a lo largo de los siglos, muchos maestros bien intencionados la han interpretado exclusivamente como un símbolo de la Iglesia, una especie de alegoría poética que busca describir la identidad del pueblo de Dios.

La imagen es hermosa, por supuesto. Pero no agota ni de cerca la profundidad de lo que la Escritura declara. Cuando Juan escribe en **Apocalipsis 21:2** que vio descender del cielo, de parte de Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, preparada como una novia ataviada para su esposo, porque no estaba describiendo sólo una figura literaria:

estaba anunciando la irrupción de una realidad que supera todo lo que podemos imaginar.

Juan no vio una idea: vio una ciudad. No oyó un concepto: oyó una voz diciéndole: ***“Ven, que te mostraré la novia, la esposa del Cordero” (Apocalipsis 21:9).*** Y lo que se le mostró fue, precisamente, una ciudad. En la visión de Juan, la esposa y la ciudad aparecen relacionadas, pero no confundidas. La esposa es la Iglesia glorificada; la ciudad es la capital del Reino de Dios que descenderá sobre la tierra.

Por eso es necesario comenzar este capítulo dejando en claro que la Nueva Jerusalén no puede ser reducida solo a un símbolo de la Iglesia. Si así fuera, no tendría sentido que la Escritura la describiera con medidas, cimientos, materiales, puertas, proporciones y gloria específica. Nadie toma medidas de un símbolo. Nadie conoce la longitud de una metáfora.

Lo que Juan estaba viendo era una realidad concreta del mundo venidero, revelada mediante imágenes que expresaban su naturaleza glorificada. En Apocalipsis, el simbolismo nunca reemplaza la realidad; sino que la revela. Cuando Juan habla de un Cordero que abre sellos, de copas de ira, de una mujer vestida de sol o de dragones, no está inventando cuentos fantásticos de esencia espiritual, está exponiendo verdades espirituales, eventos históricos y dimensiones del Reino eterno mediante lenguaje profético. Lo simbólico en la Escritura no anula lo literal, sino que lo ilumina. Por eso la Nueva Jerusalén es, a la vez, simbólica en

su lenguaje y literal en su existencia: un símbolo de verdades reales que describen una ciudad real.

Al leer la descripción de **Apocalipsis 21 y 22**, la primera reacción suele ser pensar: “Esto no puede ser literal”. Y, en un sentido, es verdad; pero no porque sea ficción, sino porque es más literal de lo que podemos comprender. No es una ciudad física como Buenos Aires, Barcelona o Roma. Es una ciudad construida por Dios mismo, con un orden de existencia diferente, glorificado, eterno, purificado de toda corrupción.

Juan habla de muros cuyos cimientos están adornados con piedras preciosas, de puertas hechas de una sola perla, de calles de oro transparente como vidrio. Es evidente que Juan está describiendo materiales que no pertenecen a nuestra tabla periódica, pero que sí pertenecen al orden de la nueva creación.

El oro transparente no es una hipérbole poética; es la expresión humana de un material real cuyo brillo y pureza superan cualquier realidad física conocida. Cuando Juan dice que la ciudad es de ***“oro puro, semejante al vidrio limpio”*** (**Apocalipsis 21:18**), no está inventando un recurso literario: está haciendo lo mejor posible para describir lo indescriptible.

Cuando afirma que la ciudad es un cubo perfecto, doce mil estadios de largo, ancho y alto (**Apocalipsis 21:16**), no está usando un número arbitrario. Los doce mil estadios, que

son aproximadamente 2.200 kilómetros, hablan de magnitud, perfección y plenitud, pero no niegan que Juan está describiendo una proporción que vio realmente, una geometría perfecta que conecta la ciudad con el Lugar Santísimo del antiguo templo, cuya forma también era cúbica. La ciudad, entonces, es el Lugar Santísimo ampliado, eterno.

Esto nos introduce en una verdad que cambia todo: la Nueva Jerusalén no es un invento final, sino una realidad preexistente en el cielo. **Hebreos 11:10** dice que Abraham esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios, y **Hebreos 11:16** declara que Dios mismo la preparó para los suyos. No es una ciudad que recién será creada al final de los tiempos; es una ciudad celestial que existe ya, pero que será manifestada en la nueva creación cuando descienda.

Los santos de todos los tiempos esperaron una ciudad real, no un símbolo de comunión espiritual. Abraham no se quedó esperando una metáfora; esperaba una patria verdadera. La Nueva Jerusalén, entonces, es una ciudad presente en la esfera celestial, que se mostrará plenamente cuando la creación sea renovada.

El descenso de esta ciudad marca un antes y un después en la historia del cosmos. No desciende para destruir la tierra, sino para habitar en ella. No reemplaza a la creación, sino que la corona. La Biblia no enseña que los creyentes pasarán la eternidad flotando en un cielo abstracto; enseña

que los hijos de Dios reinarán en una tierra renovada (**Apocalipsis 22:5**), y que la Nueva Jerusalén será el centro de ese Reino eterno. La ciudad no es un escape hacia arriba, sino una invasión de lo alto hacia abajo. El clímax de la historia no es el hombre yendo al cielo, sino el cielo descendiendo para habitar con los hombres.

En este punto, es necesario detenerse un momento para contemplar el carácter espiritual y glorificado de esta ciudad. Aunque es una ciudad real, su naturaleza no es la de una ciudad terrenal. Juan usa imágenes físicas para describir realidades espirituales.

El muro representa seguridad eterna; las puertas de perla, acceso mediante el sufrimiento redentor de Cristo; las piedras preciosas de los cimientos, la multiforme obra de gracia y carácter en el pueblo de Dios; el oro transparente, la pureza en la que no hay sombra ni engaño. Todo tiene significado espiritual. Nada es arbitrario. Sin embargo, ese significado espiritual no elimina la realidad tangible: es una ciudad donde se entra, se camina y se podrá estar en la presencia de Dios. No es sólo un estado espiritual; es un lugar concreto del mundo renovado.

Aquí conviene hacer una aclaración: cuando hablamos de “espiritual”, no estamos hablando de algo etéreo o intangible. La espiritualidad bíblica nunca está desconectada de lo real. En la Escritura, lo espiritual es más sólido que lo material. Lo visible pasa; lo invisible permanece. Por eso la Nueva Jerusalén, siendo espiritual y glorificada, no es menos

real: es más real. Como decía Pablo, ***“lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno”*** (2 Corintios 4:18). La Nueva Jerusalén pertenece al orden de lo eterno, no al de lo temporal. Y eso la hace infinitamente más concreta, más duradera y más auténtica que cualquier ciudad que hayamos conocido.

La ciudad representa, entonces, la unión perfecta entre lo espiritual y lo tangible. No es un símbolo sin cuerpo ni una estructura sin alma. Es el lugar donde la gloria del Reino de Dios toma forma; el espacio donde lo eterno se hace visible; la síntesis perfecta de la creación restaurada.

Allí, la luz de la gloria divina reemplazará al sol; la santidad reemplazará la sombra; la vida reemplazará la muerte. Juan dice: ***“La ciudad no tiene necesidad de ser alumbrada por el sol ni por la luna, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”*** (Apocalipsis 21:23). No se trata de un amanecer eterno, sino de la irradiación continua de la presencia de Cristo llenándolo todo.

En esta primera parte del capítulo solo estamos abriendo la puerta para comprender la identidad de esta ciudad. Pero ya podemos percibir algo fundamental: la Nueva Jerusalén no es una fantasía piadosa ni un símbolo simplificado. Es la expresión más plena del proyecto eterno de Dios. Es la morada que Él diseñó antes de la fundación del mundo para su pueblo. Es la obra maestra del Arquitecto divino, la capital del Reino que viene.

Por eso, apenas la ciudad aparece en la visión, una voz poderosa declara: ***“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres; y Él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos”*** (Apocalipsis 21:3). Esta no es una frase hermosa para cerrar el Apocalipsis; es la meta hacia la que toda la historia de la redención ha sido dirigida. Desde Génesis hasta Apocalipsis, Dios ha ido preparando progresivamente un espacio donde encontrarse con la humanidad.

Lo hizo en el huerto, donde caminaba con Adán al aire del día. Lo hizo en el tabernáculo del desierto, cuando su gloria habitó en medio de Israel. Lo hizo en el templo, donde Su presencia llenó el Lugar Santísimo. Y lo hizo en Cristo, el verdadero tabernáculo encarnado, en quien ***“habitó corporalmente toda la plenitud de la Deidad”*** (Colosenses 2:9).

Sin embargo, la Nueva Jerusalén no es sólo otro paso en esa progresión. Es la consumación del diseño divino. No será un tabernáculo que descansará en un mundo aún caído; es una ciudad que descenderá sobre un mundo renovado. No es un espacio de encuentro temporal; es una expresión de la eternidad divina. Y no es una presencia velada, como lo era en el Antiguo Pacto; es la presencia absoluta, plena, sin mediación, sin sombra, sin distancia.

El clímax de la visión no es el oro, ni las medidas, ni las puertas: es que veremos Su rostro (**Apocalipsis 22:4**). De todos los pasajes de Apocalipsis, quizá ese sea el más

impresionante, el más estremecedor, el más revolucionario. Ver el rostro de Dios es la promesa más grande y la necesidad más profunda del corazón humano. Moisés clamó por verlo; Isaías se deshizo ante la gloria; los profetas hablaron de esto como de una esperanza reservada. En la Nueva Jerusalén, esa visión será nuestra atmósfera y nuestra luz.

Por eso la ciudad no es solamente un espacio; es una comunión hecha visible. No es sólo la morada de Dios: es el símbolo tangible del matrimonio eterno entre Cristo y su Iglesia. La ciudad descende ataviada como una novia, y esa descripción no es casual. En la antigüedad, la casa donde vivía una esposa recién casada era considerada parte del honor del esposo. La calidad, la belleza, la seguridad y la riqueza de esa casa hablaban del amor del esposo hacia ella.

Que la morada de la esposa sea una ciudad construida por Dios mismo nos muestra el valor que la Iglesia tiene para Cristo. La gloria de la ciudad es, en cierto modo, la gloria del amor divino hacia su pueblo. Cada piedra preciosa, cada cimiento, cada puerta brillante, cada dimensión perfecta es un testimonio de la gracia que nos alcanzó. La ciudad expresa, de manera concreta, la relación eterna entre Cristo y quienes somos suyos.

A esta altura de la enseñanza, me es necesario insistir en esto: En algunas de mis enseñanzas yo he dicho que nosotros somos la Nueva Jerusalén y lo he dicho, para golpear la idolatría que algunos expresan respecto de la Jerusalén terrenal. Sin embargo, aunque hay unidad, no

debemos confundir a la esposa con la ciudad. La esposa es el pueblo redimido; la ciudad es la morada que Dios preparó como la sede central de Su Reino.

Esta distinción es esencial para evitar dos errores comunes: por un lado, espiritualizar la ciudad hasta volverla irreconocible; por el otro, materializarla hasta convertirla en un simple objeto arquitectónico. La Escritura no hace ninguna de las dos cosas. Presenta una ciudad glorificada y, a la vez, cargada de significado espiritual y presenta a una esposa radiante que espera la consumación de su amor eterno.

Por eso Juan describe la ciudad con una precisión que desconcierta. Doce mil estadios de longitud. Doce puertas, cada una con el nombre de una tribu de Israel. Doce cimientos, cada uno con el nombre de un apóstol. Doce ángeles guardando cada punto de acceso. El número doce aparece repetido como eco, recordándonos que Dios está uniendo en una misma ciudad la totalidad de su pueblo: Israel como raíz histórica y la Iglesia como cuerpo redimido.

No es casual que los nombres de las tribus estén en las puertas, porque por Israel entró la historia de la redención, mientras que los nombres de los apóstoles están en los cimientos, porque en la predicación apostólica se cimentó la Iglesia. La ciudad representa la unidad perfecta del pueblo de Dios. No es una ciudad sólo para una época, un grupo o un pacto; es la ciudad de todos los redimidos, desde Abel hasta el último creyente que sea hallado fiel. Su arquitectura es, a la vez, geografía eterna e historia redentora.

Pero más allá de sus medidas colosales, la ciudad tiene un diseño que revela su esencia: es un cubo perfecto. Un cubo no es arquitectura común. Ninguna de nuestras ciudades, ni antiguas ni modernas, tiene esa forma. En toda la Biblia, el único espacio cúbico es el Lugar Santísimo. Esto no es un detalle menor. La Nueva Jerusalén no tiene templo porque toda la ciudad es un templo.

Su forma expresa su función: es el santuario definitivo, el espacio donde la presencia de Dios llena todo sin límites, sin cortinas, sin sacrificios, sin sacerdotes humanos. En el antiguo templo, sólo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año al Lugar Santísimo. En la Nueva Jerusalén, todos los redimidos tendrán acceso a ese espacio para siempre. No habrá días de expiación ni velos que descorrer.

Esta comprensión nos lleva a considerar el tipo de existencia que la ciudad posee. Es una ciudad celestial, pero no “celestial” en el sentido etéreo, sino en el sentido de pertenecer al orden divino. No es terrenal porque no está sujeta a corrupción, pecado, deterioro o muerte. Pero es tangible, real y experimentable.

Es espiritual, no porque sea intangible, sino porque todo en ella es gobernado por el Espíritu, permeado por la gloria y saturado de vida eterna. La ciudad no es una idea: es un ecosistema glorificado. No es un sueño: es el corazón mismo del Reino de Dios manifestado. Allí, lo que hoy entendemos como “espiritual” se volverá visible, palpable, cotidiano. El culto no será un momento, sino un ambiente. La

adoración no será una actividad, sino el aire que respiraremos.

¿Y qué propósito tendrá esta ciudad? ¿Por qué Dios quiso construir una ciudad de tales dimensiones y belleza? La respuesta es profunda, pero a la vez simple: porque Dios quiso formar un pueblo para Sí, y ese pueblo necesita una sede celestial en la tierra. No la casa de gobierno de alguna nación, sino un lugar celestial con la misma esencia del Reino, no un refugio simbólico, sino una ciudad que refleje su carácter, y ese rol tampoco lo puede cumplir la Jerusalén terrenal después de tanta historia de corrupción y dolor.

En la Biblia, Dios nunca hace nada sin propósito. Si Él quiso una ciudad, es porque esa ciudad expresa algo esencial del Reino venidero. En un hogar se experimenta intimidad, pertenencia y cercanía; en una ciudad se experimenta gobierno, orden y plenitud comunitaria. La Nueva Jerusalén es la capital del Reino, la sede del gobierno que llenará la tierra con su gloria, el lugar desde donde saldrán las directivas de gobierno para cada nación.

La pregunta inevitable surge entonces: ¿qué significa esta ciudad para nosotros hoy? ¿Qué cambia en nuestra manera de vivir, servir, predicar o discipular? ¿Es necesario que aprendamos de ella? Bueno, creo que mucho más de lo que imaginamos. De todas maneras, antes de llegar a esa conclusión, iremos más hondo en la naturaleza glorificada de la ciudad, y en cómo esa realidad moldea nuestra identidad, purifica nuestra esperanza y ordena nuestra visión del futuro.

La Nueva Jerusalén es un espacio que no pertenece al orden presente de la materia, sino al orden venidero de la gloria. Una ciudad que no surgió del polvo como las nuestras, pero que es más real que todo lo que hoy conocemos. Una morada que no se desgasta, no se quiebra, no pierde brillo, y que no tiene sombra. Una ciudad donde no hay noche porque la luz no procede de lámparas ni de astros, sino de la presencia misma de Dios.

Juan describe esto con una frase que debería detener nuestra respiración: ***“La gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”*** (Apocalipsis 21:23). Que Cristo sea la luz de la ciudad significa que todo en ella vive a la luz de Su carácter. Nada queda oculto, nada queda opaco, nada queda distorsionado. Allí, lo que Él es, se vuelve atmósfera, clima, ambiente. La luz del Cordero es la luz de la santidad, de la verdad, de la paz, de la justicia, de la plenitud. La ciudad no sólo es iluminada por Cristo: es sostenida por Cristo.

Ese carácter glorificado aparece también en los materiales con los que la ciudad es descrita. El oro transparente, por ejemplo, no existe en nuestra realidad actual. Es un tipo de oro que pertenece a la nueva creación. Es oro sin impurezas, oro atravesado por la luz, oro sin sombra. Su transparencia habla de un ambiente donde no hay mentira, no hay doblez, no hay oscuridades internas. Es un símbolo perfecto del Reino donde todo es manifiesto, donde la pureza es norma, donde la transparencia es cultura. En esta vida luchamos contra la opacidad del corazón humano; en la ciudad venidera, la luz será total y permanente.

Algo similar ocurre con las piedras preciosas que forman los cimientos. Juan describe doce tipos diferentes, cada una con sus propios colores, brillos y refracciones. Las piedras preciosas en la Biblia representan la revelación del carácter de Dios. El sumo sacerdote llevaba doce piedras en el pectoral, cada una correspondiente a una tribu, como recordatorio de que el pueblo era guardado delante del Señor.

En la Nueva Jerusalén, esas piedras no están en el pecho de un sacerdote humano, sino formando los cimientos de la ciudad eterna. Es como si Dios estuviera diciendo: “Mi pueblo está cimentado en mi gloria, sostenido por mi naturaleza, fundado en mi carácter”. Los cimientos no representan la grandeza humana, sino la fidelidad divina. No somos nosotros los que sostenemos la ciudad; es la gracia la que nos sostiene a nosotros.

Pero hay un detalle que requiere atención especial: las puertas de perla. Cada una está hecha de una sola perla. Las perlas se forman a partir de una herida; el molusco, lastimado por un cuerpo extraño, segrega una sustancia para cubrir el dolor, y de esa respuesta nace la perla. ¿Qué nos dice eso de la ciudad eterna? Que cada entrada al Reino es fruto del sufrimiento del Cordero. Nadie entra por méritos propios, ni por esfuerzo humano, ni por religiosidad. Entramos por la herida de Cristo, por Su sacrificio, por Su sangre. Las puertas de perla son puertas de gracia.

Sin embargo, esas puertas permanecen abiertas. Juan dice: ***“Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí***

no habrá noche” (Apocalipsis 21:25). Puertas abiertas en una ciudad eterna... ¿para qué? Para recibir, para enviar, para comunicar. Porque la ciudad no es un castillo cerrado; es un centro de vida, un lugar de intercambio, un eje desde el cual fluye la bendición hacia la tierra renovada.

La Nueva Jerusalén no es un destino estático; es el corazón palpitante del Reino eterno. Allí los redimidos reinarán, servirán, adorarán, aprenderán, y desde allí ejercerán su función sacerdotal y gubernamental sobre las naciones. La eternidad no será una inactividad, sino una vida plena, llena de sentido, llena de propósito.

Por eso Juan dice que ***“las naciones caminarán a la luz de ella” (Apocalipsis 21:24).*** Esto no puede referirse a una eternidad individualista, donde cada alma flota en un cielo abstracto. Habla de un Reino en funcionamiento, de pueblos que existen, de culturas restauradas, de una humanidad redimida que disfruta la luz del Cordero. Habla de actividad, de movimiento, de misión cumplida. La Nueva Jerusalén no desplaza a la tierra renovada; la ilumina. No anula la historia humana; la redime. No destruye lo bueno que Dios sembró en la creación; lo lleva a su plenitud.

Comprender esta naturaleza glorificada transforma profundamente nuestra esperanza. Muchos creyentes viven con una visión pobre de la eternidad: un cielo estático, aburrido, etéreo, casi como un limbo santo. Pero la Biblia no describe eso. Describe una ciudad vibrante, un Reino activo, una humanidad resucitada, una tierra restaurada, un propósito

eterno que continúa desarrollándose. Describe una vida que no se apaga, no se gasta, no se aburre. Describe plenitud.

Esta visión no es un mero conocimiento doctrinal; es un fuego que purifica la vida presente. Porque el que ve la ciudad futura no puede vivir atado a las pequeñeces del mundo. El que contempla la gloria venidera no negocia su santidad. El que sabe hacia dónde va no se conforma con migajas espirituales.

Cuando Abraham esperaba la ciudad cuyo arquitecto es Dios (**Hebreos 11:10**), no vivió resignado; vivió en fe. Cuando los patriarcas confesaron que eran peregrinos (**Hebreos 11:13**), no huyeron del mundo; caminaron con propósito. Cuando la Iglesia primitiva vivía aguardando la manifestación del Reino, no se refugiaban del presente; servían con valentía. Esa es la función de la Nueva Jerusalén hoy: levantar la mirada del creyente, sacudir la pasividad, romper el conformismo espiritual, inspirar santidad, encender obediencia.

Por eso, cuando enseñamos sobre la Nueva Jerusalén, no estamos hablando de un tema esotérico, ni de un detalle del futuro, ni de una curiosidad teológica. Estamos hablando de la identidad futura de la Iglesia, del destino eterno del pueblo de Dios, de la capital del Reino al que pertenecemos. Y un creyente que sabe a dónde pertenece vive de manera diferente. Vive con esperanza, con pureza, con propósito.

“Alabado sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo a una vida llena de esperanza, por la resurrección de Jesucristo. Así que ahora tenemos una herencia que no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse. Esta herencia está reservada en los cielos para ustedes.”

1 Pedro 1:3 al 5



Capítulo dos

EL PLAN ETERNO DE DIOS

“¡Ah, mi Señor y Dios! Tú, con tu gran fuerza y tu brazo poderoso, has hecho los cielos y la tierra. Para ti no hay nada imposible.”

Jeremías 32:17

Desde el primer versículo de la Escritura hasta la última promesa del Apocalipsis, Dios se ha revelado como un Dios que avanza hacia Su propósito. Nada en la historia bíblica está suelto, nada es improvisado, nada responde a un impulso repentino del cielo. Toda la narración de la Palabra nos conduce a un destino cuidadosamente trazado desde la eternidad pasada, como un río que, desde su nacimiento en las montañas del propósito divino, va descendiendo hasta desembocar en la plenitud de la nueva creación. Y en el centro de ese destino final, como la perla más preciosa de la corona de Dios, se encuentra la Nueva Jerusalén.

Cuando Juan la vio descender del cielo, preparada como una novia ataviada para su esposo, no estaba simplemente presenciando un evento aislado. Estaba

contemplando el clímax del plan eterno. Estaba siendo testigo de aquello que Dios soñó antes de que existiera el polvo de la tierra. Estaba viendo el final de una historia que comenzó mucho antes del Edén y que encontró su punto más alto en la cruz del Calvario, pero que sólo se consumará cuando Dios “haga nuevas todas las cosas” y establezca su morada definitiva con la humanidad redimida.

Para entender la Nueva Jerusalén, no sólo como ciudad, sino como la gran consumación del Reino, necesitamos volver al principio. No para repetir la historia, sino para observar el hilo del propósito divino que atraviesa la creación, la redención y la nueva creación. Porque nada de lo que Dios hace es fragmentado: Él no abandona la obra de sus manos. Lo que inicia, lo completa; lo que promete, lo cumple; lo que diseña, lo lleva a la perfección. Y la Nueva Jerusalén es justamente eso: la creación terminada, la redención concluida, la historia abrazada por su propio Autor.

Cuando abrimos Génesis, nos encontramos con un escenario casi inocente: un huerto plantado por Dios mismo, un hombre formado del polvo, una mujer edificada de su costado, y un propósito claro: que la tierra fuera llena de la gloria de Dios a través de su imagen. El Edén no era simplemente un jardín con belleza natural; era el primer santuario. Allí, Dios caminaba con el hombre. Allí, cielo y tierra se tocaban. Allí comenzaba un propósito que debía extenderse a toda la creación. Pero ese propósito fue interrumpido, no destruido, por la entrada del pecado. Y

aunque la rebelión del ser humano oscureció la tierra, la voz del propósito eterno nunca se apagó.

Desde ese momento, comienza la segunda gran etapa del plan: la redención. Dios levanta patriarcas, profetas, reyes, sacerdotes; establece pactos, revela su Ley, instruye a su pueblo; y sobre todo anuncia repetidamente que llegará el día en que Él mismo restaurará lo que el pecado fracturó. La redención no es un plan alternativo: es la continuación del mismo propósito eterno. La cruz no es un parche; es la cimentación del Reino. La sangre del Cordero no sólo nos limpia: abre el camino hacia la recreación de todas las cosas.

Por eso, cuando pensamos en la Nueva Jerusalén, no podemos imaginarla desconectada de la historia bíblica. No es una ciudad “que aparece” al final del Apocalipsis como un elemento extraño o futurista. Es la culminación del Edén. Es la restauración del diseño original. Es el huerto convertido en ciudad. Es Dios llevando a su máxima expresión aquello que comenzó en Génesis: un lugar donde Él pueda habitar con su pueblo para siempre, sin mediaciones, sin velos, sin templos terrenales, sin sombras ni símbolos temporales.

La Escritura lo afirma con una claridad conmovedora: ***“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres... y Él morará con ellos” (Apocalipsis 21:3).*** Cada palabra es un martillo golpeando sobre el yunque de la historia. Cada sílaba revela el anhelo eterno de Dios. No fuimos creados sólo para servirlo, ni sólo para obedecerlo, ni siquiera sólo para adorarlo. Fuimos creados para tener comunión con Él. Para

compartir Su presencia. Para vivir cerca, no lejos. Para escuchar Su voz sin nubes, sin culpas, sin temores. Para caminar en la luz de Su rostro sin interrupciones. Y la Nueva Jerusalén es justamente eso: Dios cumpliendo Su propósito fundamental de manifestar Su plenitud a la humanidad redimida.

Es interesante notar que en la Biblia todo santuario siempre fue un anticipo, una maqueta, una sombra. El huerto, el tabernáculo, el templo de Salomón, incluso la figura del Lugar Santísimo... todos apuntaban a una realidad superior. La presencia de Dios siempre estuvo, pero nunca en su plenitud. Siempre había un velo, un sacerdote, un día especial, un rito, un límite. Pero en la Nueva Jerusalén, todo eso desaparecerá. La ciudad entera se convertirá en el Lugar Santísimo. Toda la atmósfera será presencia. Toda la luz será gloriosa. No habrá noche, no habrá templo, no habrá velos. No habrá distancia. Dios finalmente descansa con su pueblo en una comunión que ya no podrá ser quebrada.

Mientras avanzamos en el plan eterno vemos que la redención no termina en la cruz, ni en la resurrección, ni siquiera en Pentecostés. Todo eso es el camino, no la meta. La meta es la nueva creación. Dios no creó la tierra para abandonarla. No creó el cuerpo para descartarlo. No creó la historia para destruirla. Él renueva todas las cosas. Él hace nuevas todas las cosas. Y en ese universo renovado, la Nueva Jerusalén aparece como el centro, como la capital del Reino eterno, como el punto desde donde irradiará la gloria del Cordero hacia toda la creación restaurada.

Por eso, cuando hablamos de la ciudad, no estamos hablando solamente de un lugar: estamos hablando del corazón del propósito de Dios. Allí se ve con claridad lo que Él quiso desde el principio: una humanidad transformada, una tierra renovada, una relación perfecta, una comunión eterna. La Nueva Jerusalén es el final de un proceso, pero también el inicio de una eternidad activa, viva, llena de propósito. No es un final estático: es un comienzo glorioso.

La Biblia nos muestra algo que, si no fuera porque Dios mismo lo afirmó, nos resultaría casi imposible de creer: el anhelo más profundo del corazón divino es la comunión con Su pueblo. Él quiere que disfrutemos de Su presencia. Quiere hacer de Su esencia la atmósfera que podamos respirar. Y la Nueva Jerusalén será la conexión de la humanidad con Su gobierno.

Cuando Juan escucha aquella voz fuerte que resuena desde el trono diciendo: ***“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres”***, lo que oye no es un anuncio arquitectónico. Es un grito de triunfo. Es la declaración de que el anhelo eterno de Dios finalmente encuentra en la tierra un acceso digno. Esta frase es el corazón del Apocalipsis, el clímax de toda la historia bíblica, el punto al que apuntan todos los pactos, todas las promesas, todas las figuras y todos los sacrificios.

Es la consumación de Emmanuel: Dios con nosotros. Pero ya no como un niño en Belén, ni como un Maestro caminando por Galilea, ni como presencia espiritual en la

Iglesia, sino como una presencia plena, desbordante, ininterrumpida y visible. Una presencia que no sólo habita en nosotros, sino entre nosotros.

En ese sentido, podemos decir que toda la historia de la redención es la historia de un Dios acercándose. En el Edén, caminaba con el hombre. Después del pecado, siguió hablando, pero a distancia. Con Abraham, se reveló en pactos. Con Moisés, descendió en llamas y nube. Con Israel, estableció un tabernáculo.

En los tiempos de Salomón, llenó el templo de gloria. Con los profetas, habló a través de la Palabra. Con el exilio, acompañó al remanente fiel. Con Juan el Bautista, anunció el Reino. Con Cristo, se hizo carne. Con Pentecostés, vino a habitar dentro de nosotros. Pero con la Nueva Jerusalén, dará su paso final estableciendo su capital y Su gobierno de manera definitiva.

Cada intervención divina en la historia es un movimiento hacia la cercanía. Cada pacto es un puente. Cada santuario, una señal. Cada profecía, una promesa. Todo converge en un único objetivo: la comunión con toda Su creación. Y por eso, la Nueva Jerusalén no es simplemente un escenario escatológico, sino el cumplimiento del propósito eterno. Es Dios regresando a su lugar natural: cerca de Su obra. Es la restauración de la comunión perdida. Es la plenitud de la vida según el diseño original.

Cuando Apocalipsis afirma que en la ciudad ya no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, no está describiendo una atmósfera emocional; está describiendo el efecto de la presencia plena de Dios. No hay lágrimas porque Dios habita. No hay muerte porque Dios está. No hay noche porque la gloria del Cordero ilumina todo. La presencia de Dios no será un evento, ni un culto, ni un encuentro esporádico. Será un ambiente. Será la esencia misma de la eterna existencia de los redimidos.

Una de las grandes tragedias de la teología contemporánea, y una de las razones por las cuales la Nueva Jerusalén es tan poco comprendida, es que se ha reducido la obra de Dios a “salvar almas”. Se predica la salvación como un escape del infierno, como un ticket al cielo, como un pasaporte espiritual para otra dimensión. Pero la Biblia no habla de eso. La Biblia habla de un Dios que quiere familias, que quiere manifestar Su Reino, que quiere compartir vida. La salvación no es un trámite; es el camino hacia una comunión eterna con Él y el poder de Su Reino.

Notemos que la Biblia describe esta ciudad como “el tabernáculo de Dios”. No dice “su palacio”, aunque es la capital del Reino eterno. No dice “su templo”, aunque toda la ciudad es un santuario viviente. No dice “su trono”, aunque desde allí gobernará para siempre. Dice “tabernáculo”. Lugar de manifestación y contacto. Espacio compartido. Como si Dios quisiera dejar claro, hasta en el lenguaje, que lo más importante para Él no es la estructura, sino Su manifestación.

La Nueva Jerusalén será el lugar donde Su presencia ya no estará sujeta a temporadas, ni limitada por nuestra fragilidad, ni interferida por el pecado, ni escondida detrás de símbolos. Allí recibiremos Sus directivas para las naciones. Además, ese privilegio que ni Moisés tuvo en plenitud, nosotros lo recibiremos, la manifestación de Su presencia. Veremos a Dios y tendremos plena comunión con Él.

Este es el punto que casi nunca se enseña en la Iglesia: la Nueva Jerusalén no es simplemente una ciudad futura; es la revelación del corazón eterno de Dios. Lo que Dios quiso desde el principio no fue simplemente crear un mundo bonito, ni establecer un Reino imponente, ni fundar un sistema de adoración perfecto. Él quiso un hogar con Su familia. Y ese lugar es la ciudad que desciende.

Cuando esta verdad penetra en el corazón, redefine todo: la vida, la misión, la santidad, la predicación, la forma de servir, la manera de ver el futuro. Ya no vivimos esperando un “escape”, sino un encuentro. Ya no pensamos en la eternidad como un paisaje nublado y etéreo, sino como la concreción visible del propósito de Dios. Ya no servimos por obligación, sino por esperanza. Porque cada acto de obediencia, cada paso de santidad, cada renuncia al pecado, cada fidelidad en lo secreto, es una preparación real para la eternidad con el Rey.

La Biblia revela un misterio que, a simple vista, parece contradictorio, pero que en realidad ilumina el corazón del propósito eterno de Dios: la Iglesia es identificada como la

esposa del Cordero... y al mismo tiempo, la Nueva Jerusalén es llamada “la esposa, la esposa del Cordero”. La Palabra no es caprichosa: si usa dos imágenes diferentes, una que describe un pueblo, y otra que describe una ciudad real y glorificada, es porque cada una habla de un aspecto distinto del plan eterno.

La esposa es el pueblo preparado; la ciudad es el lugar preparado. La esposa es la relación; la ciudad es el contexto eterno donde esa relación se conectará para siempre. No son la misma cosa, pero están inseparablemente unidas. Como en el Edén había un Adán y un huerto, en la eternidad habrá un Cristo y una ciudad. Y así como Dios preparó un entorno perfecto para el primer hombre, prepara una ciudad eterna para la esposa del Hijo.

Cuando Juan contempla la visión en Apocalipsis, el ángel lo invita a ver “a la esposa del Cordero”, pero lo que le muestra es una ciudad que descende del cielo. No porque la ciudad sea la esposa en un sentido literal, sino porque la ciudad expresa el vínculo de la esposa: la comunión con su Amado en una morada preparada especialmente.

El lenguaje nupcial en Apocalipsis no anula la literalidad de la ciudad; al contrario, la intensifica. Ningún esposo habla de su esposa como si fuera un edificio, pero sí habla del hogar que prepara para ella como una extensión del amor que le tiene. Así hace el Cordero. La ciudad es Su regalo, Su obra, Su morada, el entorno eterno donde vivirá con aquellos por quienes entregó su vida.

La unión entre la esposa y la ciudad también refleja la profunda lógica del Reino. Todo acto de Dios tiene dos dimensiones: una relacional y una espacial. Dios no sólo elige un pueblo; le da una tierra. No sólo forma una nación; la establece en un territorio. No sólo redime una Iglesia; le prepara una ciudad capital.

Desde Génesis hasta Apocalipsis, Dios siempre une identidad y lugar, pacto y territorio, presencia y morada. En el Edén, puso al hombre en un jardín. En Canaán, puso al pueblo en una tierra. En Pentecostés, puso al Espíritu en un cuerpo. En la Nueva Jerusalén, nos pondrá en una ciudad eterna. El patrón es invariable: Dios nunca crea una identidad sin un entorno acorde a esa identidad.

Por eso, la Nueva Jerusalén no es un símbolo, sino la consumación del principio bíblico de que Dios prepara entornos para sus propósitos. La Iglesia, la esposa, es transformada para reinar, servir y manifestar la gloria de Cristo. La ciudad, la morada, es diseñada para sostener, reflejar y alojar esa glorificación.

Pero aún hay algo más profundo: Dios no sólo prepara una ciudad para su esposa, sino que prepara a la esposa para la ciudad. La santificación, la transformación del carácter, las pruebas, las disciplinas, los procesos de purificación del alma, no son castigos ni meras correcciones morales. Son el trabajo del Espíritu Santo preparando un pueblo que pueda conectar a través de una ciudad donde todo es puro, transparente, sin sombra, sin mentira, sin corrupción, sin

doblez. La ciudad es glorificada; por eso la esposa debe ser glorificada. La ciudad es santa; por eso la esposa debe ser santa. La ciudad es luminosa; por eso la esposa debe ser “vestida de lino fino, limpio y resplandeciente”.

Así como el antiguo Israel no podía entrar al Lugar Santísimo sin sangre, sin purificación y sin un sacerdocio ordenado por Dios, tampoco la Iglesia puede entrar en la ciudad eterna sin haber sido preparada, limpiada por la sangre preciosa de Jesucristo, transformada por la obra del Espíritu y adornada por Sus frutos. No porque Dios sea exigente, sino porque la ciudad misma es incompatible con todo lo que es imperfecto. No se trata de mérito; se trata de naturaleza. La Nueva Jerusalén es la expresión visible de la santidad eterna de Dios. La esposa debe ser la expresión visible de la santidad que Cristo produce en Su pueblo.

Por eso, la relación entre la esposa y la ciudad es también una relación entre santidad y gloria. La esposa es el pueblo glorificado; la ciudad es el entorno glorificado. La esposa refleja la imagen del Hijo; la ciudad refleja la gloria del Padre. La esposa expresa la belleza moral de Cristo; la ciudad expresa la belleza arquitectónica y luminosa del Reino. Una es comunidad; la otra es entorno. Una es comunión; la otra es ámbito. Una es el pueblo transformado; la otra es el espacio transformado donde ese pueblo recibirá gobierno.

Cuando entendemos esto, desaparece la falsa dicotomía entre literal y simbólico. La ciudad es literal, pero

cada elemento literal comunica una realidad espiritual. La esposa es un pueblo real, pero cada detalle de su preparación comunica un simbolismo glorioso. Dios no enfrenta literalidad y simbolismo; los armoniza. La ciudad no es sólo literal ni sólo simbólica; es literal con un propósito simbólico. Y la esposa no es sólo simbólica ni sólo literal; es un pueblo real cuya existencia tiene un significado eterno. La Biblia no nos pide elegir; nos invita a contemplar el misterio completo.

Finalmente, la unión entre la esposa y la ciudad revela una verdad que debería conmover profundamente el corazón de todo creyente: Dios no nos prepara sólo para “ir al cielo” como muchos pretenden; nos prepara para habitar con Él en Su presencia, Su atmósfera, Su gloria, Su luz, Su rostro, Su amor, Su esencia. La esposa es el pueblo amado; la ciudad es la capital del Reino llegando a la tierra redimida.

Esto redefine la vida cristiana. Le da un norte, un sentido, una esperanza sólida. Nos recuerda que no estamos yendo hacia la nada, ni hacia un cielo abstracto, ni hacia una eternidad despersonalizada. Vamos hacia un tiempo glorioso, a una realidad manifiesta y tangible entre el cielo y la tierra, entre la plenitud del Reino y los seres humanos. Vamos hacia una comunión eterna con nuestro Rey.

“Tuyos son, oh Señor, la grandeza, el poder, la gloria, el esplendor y la majestad; porque tuyas son todas las cosas que están en los cielos y en la tierra.”

1 Crónicas 29:11

Capítulo tres

ESCUDRIÑANDO LA ESENCIA DE LA CIUDAD

“Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.”

Jeremías 33:3

Hay escenas en la Biblia que uno no puede leer a la ligera. Pasajes que exigen detenerse, respirar hondo y dejar que el alma sea atravesada por lo que Dios decidió revelar. **Apocalipsis 21 y 22** pertenecen a esa categoría sagrada. No son capítulos que se leen: son capítulos que se contemplan.

Es como si Juan hubiera rasgado un velo que durante siglos permaneció cerrado, permitiéndonos asomarnos, aunque sea por un instante, al diseño eterno de Dios. Él vio una ciudad real, glorificada, eterna, descendiendo del cielo, preparada por Dios mismo para un futuro glorioso. El apóstol intentó describirla, pero cada palabra parece quedarle corta.

Algunas traducciones dicen que “tenía la gloria de Dios”, pero en el original la idea es más poderosa: “resplandecía con la gloria de Dios”. La ciudad no solo posee

la gloria; la irradia, la exhala, la proyecta. Es una ciudad cuyo brillo no proviene de luminarias artificiales, ni de energía creada, sino de la misma presencia divina que la llena como un fuego que no consume.

Juan dice que su resplandor era semejante a una piedra preciosísima, como jaspe diáfano, transparente como el cristal. El jaspe antiguo era opaco, pero Juan lo ve como cristal, porque en la nueva creación todo lo que antes era limitado es transformado en perfección.

Cuando él comienza a describir su forma, aparece un detalle que parece menor, pero que en realidad constituye una de las claves más profundas de toda la visión. La ciudad es un cubo perfecto. Sus dimensiones, doce mil estadios por cada lado, superan cualquier parámetro arquitectónico conocido en la tierra. Pero lo central no es la magnitud, sino la forma.

En toda la Biblia, el único lugar que tenía forma cúbica perfecta era el Lugar Santísimo del Tabernáculo y del Templo. Ese espacio era el corazón del culto israelita, el lugar donde la presencia de Dios reposaba entre los querubines, donde solo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año, y aun así, con temor y temblor. Allí no había ventanas, no había luz humana, no había intervención del hombre. Era el espacio que representaba la santidad perfecta de Dios.

Ahora Juan está viendo una ciudad entera con la forma del Lugar Santísimo. Es decir: en la nueva creación, lo que

antes estaba confinado a un cubículo sagrado, velado, inaccesible para el pueblo común, ahora se expande hasta convertirse en una urbe gigantesca.

La santidad ya no está encerrada; está derramada. La presencia de Dios ya no está limitada; es la atmósfera misma de la ciudad. La gloria antes reservada para un solo hombre una vez al año, ahora es la herencia eterna de los santos para siempre. La Nueva Jerusalén no solo tiene la presencia de Dios; la Nueva Jerusalén es el Lugar Santísimo extendido en forma de ciudad para su pueblo.

Por eso la ciudad tiene “doce puertas”, tres a cada lado, custodiadas por ángeles. El número doce, que se repite una y otra vez, no es casualidad. El doce representa gobierno, plenitud y orden divino. Doce tribus de Israel, doce apóstoles del Cordero, doce meses del año, doce fundamentos, doce puertas. Todo en la ciudad habla de gobierno perfecto, de un Reino sin fracturas, sin corrupción, sin fisuras.

En la tierra, el gobierno humano siempre es inestable; aun los mejores líderes fallan. En la Nueva Jerusalén, cada detalle, desde la base de los muros hasta el nombre inscrito en cada puerta, recuerda que el Reino eterno ya no será administrado por hombres pecadores, sino por Cristo y su pueblo glorificado.

Las puertas son perlas gigantes, y aquí nuevamente Juan está describiendo algo casi imposible de imaginar. Que las entradas de la ciudad eterna sean “una sola perla”, y no

piezas ensambladas, significa que cada puerta es un recordatorio permanente de la obra de Cristo. Como enseñé anteriormente, podemos interpretar claramente que el acceso a la presencia del Padre está fundado en la herida del Hijo. La ciudad se abre a través del sufrimiento de Cristo, y solo se entra por Él. No hay acceso por mérito, tradición o linaje espiritual.

El ángel mide la ciudad y Juan menciona las “cañas de oro”. El oro de Apocalipsis no es el oro que conocemos, porque el apóstol habla de un oro transparente, algo desconocido en la tierra. El oro, en nuestro mundo, por más puro que sea, nunca es transparente. Pero en la nueva creación, los materiales se transforman para ajustarse a la gloria de Dios. No hay opacidad, no hay sombras, no hay rincones oscuros.

Todo lo que compone la ciudad es luz, pureza, verdad. Los cimientos están adornados con piedras preciosas, cada una representando aspectos del carácter de Cristo, reflejando su multiforme gloria como un arco iris eterno incrustado en los fundamentos del Reino. Juan no está haciendo poesía; está describiendo una realidad concreta del mundo venidero.

La arquitectura de esta ciudad no surge de manos humanas. No es el resultado del ingenio, ni del cálculo, ni de los avances técnicos. Esta es una ciudad edificada por Dios. Nada en ella está fuera de lugar. Nada envejece. Nada se desgasta. Nada necesita ser reparado. Nada se rompe. Cada medida, cada material, cada proporción responde a un

propósito eterno. La geometría del Reino expresa la perfección del carácter de Dios.

Mientras uno lee, es casi inevitable sentirse pequeño. Pero no pequeño en insignificancia, sino pequeño ante la grandeza de un amor que decidió preparar un lugar así para coronar la tierra después de tanto mal expresado por los seres humanos. En esta ciudad, nada es improvisado. Todo fue pensado para que accedamos a sus directivas directas. Es nuestra capital del Reino, el lugar donde veremos a Cristo tal como Él es.

La tierra hoy está marcada por el desgaste, por la suciedad, por la imperfección. Todo lo que construimos tiene fecha de vencimiento. Las mejores ciudades del mundo, por más majestuosas que parezcan, llevan en su base la fragilidad del tiempo. Pero la Nueva Jerusalén es lo contrario: es la ciudad donde nada muere. Donde nada contamina. Donde nada teme. Donde nada falla. Donde nada envejece. Donde nada seduce al mal. Es un lugar construido por el Dios eterno para un pueblo eterno, en una creación eterna.

Cada descripción de la ciudad parece avanzar en una espiral ascendente, como si Juan nos fuera llevando desde lo visible hacia lo invisible, desde lo material transformado hacia la esencia espiritual que atraviesa cada elemento. Después de presentarnos la forma de la ciudad y la majestuosidad de sus puertas, el apóstol nos introduce en el corazón de lo que la compone: materiales glorificados. Y aquí, nuevamente, uno descubre que la Nueva Jerusalén no

es simplemente una ciudad mejorada o embellecida; es una ciudad transfigurada. No es una versión superior de nuestras construcciones terrenales, sino un orden completamente nuevo donde la materia misma responde a la gloria de Dios.

Cuando Juan menciona materiales transparentes, está revelando algo profundo: en la ciudad eterna no existen las sombras. No hay zonas ambiguas, rincones oscuros, habitaciones que escondan secretos. Todo es claridad. Todo es verdad. Todo es pureza. La opacidad, esa mezcla de luz y sombra que caracteriza nuestra existencia actual, es eliminada para siempre.

La Nueva Jerusalén es un lugar donde nada necesita esconderse y donde nada puede hacerlo, porque la luz de Dios atraviesa todo. Es transparencia absoluta, no solo como propiedad física, sino como realidad espiritual: todo lo que existe allí está completamente alineado con la naturaleza santa de Dios. Es imposible entrar en esos ámbitos sin ser transformados por su atmósfera.

El fundamento de la ciudad está decorado con doce piedras preciosas, cada una con un color, una textura y un brillo particular. Juan se toma el tiempo de mencionarlas una por una, como un artesano que describe su obra. Pero no es solo estética. Las piedras preciosas, en la Biblia, siempre representaron el carácter de Dios manifestado.

No hay aspecto del carácter divino que no esté representado en esos cimientos. Jesús es el fundamento del

Reino, y cada piedra preciosa es una forma de decirnos: “Cada verdad de Cristo, cada faceta de su gloria, cada atributo divino, sostiene esta ciudad”.

Es interesante que Juan no describe ladrillos, cemento, vigas ni estructuras mecánicas. Describe belleza. Describe gloria. Describe revelación. Describe la expresión visible del carácter del Hijo. Nada en la ciudad es funcional sin ser al mismo tiempo glorioso.

En la tierra, lo útil y lo bello suelen estar en tensión. En la Nueva Jerusalén, lo útil es bello, y lo bello es útil. Lo estético no es un lujo: es una declaración. Dios muestra en ella que Su Reino no solo es verdadero y justo, sino también hermoso. Un cristianismo que pierde el sentido de la belleza pierde algo del corazón de Dios. Pero en la ciudad futura, belleza y santidad se abrazan para siempre.

Es después de describir estos materiales que Juan avanza hacia uno de los elementos más impactantes de toda la visión: el río de agua de vida. El apóstol dice que ese río fluye “del trono de Dios y del Cordero”. En la tierra, los ríos comienzan en montañas, en deshielos, en manantiales ocultos. En la nueva creación, el río empieza en el trono. Todo lo que da vida proviene directamente del gobierno de Dios. En esta ciudad no hay vida que no nazca del reinado de Cristo. La fuente no es un recurso natural: es una Persona divina.

El agua no simboliza solo bendición, sino vida misma. En el Edén, un río regaba el jardín y se dividía en cuatro brazos; era símbolo de abundancia, de expansión, de provisión. Pero ese río no fluía del trono de Dios; fluía del centro del huerto, de un punto geográfico. Ahora Juan ve el cumplimiento perfecto del diseño original: la vida que sostiene la nueva creación nace de la autoridad del Cristo.

Este río es “limpio y resplandeciente como el cristal”. Nuevamente, aparece la idea de pureza sin mezcla. Todo lo que fluye del trono es absolutamente santo, absolutamente vivificante, absolutamente perfecto. Nada contaminado puede acercarse a ese caudal. Y sin embargo, todo el que acceda a esta ciudad podrá beber de él sin temor. La vida eterna ya no será una promesa abstracta; será una experiencia cotidiana.

Caminaremos cerca del río. Lo veremos. Lo escucharemos. Lo beberemos. Será parte de la vida diaria de los santos. La espiritualidad en la ciudad eterna no será un esfuerzo, ni una disciplina a cultivar, ni un hábito que cuesta mantener. Será tan natural como respirar. La vida espiritual no será algo por lo que uno luche; será el ambiente en el que uno existe.

A ambos lados del río está el árbol de la vida. Este detalle es una joya teológica. En Génesis, el árbol de la vida representaba la inmortalidad, el acceso permanente a la vida divina. El pecado cerró ese acceso y el hombre fue expulsado del huerto. El árbol quedó guardado por querubines y una

espada encendida. Fue el gran “no” que cayó sobre la humanidad caída. Pero en la Nueva Jerusalén, aquello que fue prohibido vuelve a ser concedido.

El árbol que un día simbolizó la pérdida definitiva, ahora simboliza la restauración completa. Y no es un árbol solitario; Juan lo ve en pluralidad, manifestándose a ambos lados del río, como si su vida se multiplicara en una abundancia incontenible. Da fruto cada mes, doce frutos, mostrando nuevamente la perfección del ciclo eterno, la productividad sin agotamiento, la vida sin deterioro.

Pero hay un detalle más conmovedor todavía: “las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones”. ¿Cómo puede haber sanidad en una creación donde ya no hay dolor ni enfermedad? No se trata de sanar cuerpos enfermos, porque en la nueva creación no existe enfermedad. Se trata de la restauración continua de lo que fue quebrado en la historia humana.

Las naciones, que a lo largo de los siglos se hirieron, se destruyeron, se odiaron y se enfrentaron, ahora son sanadas del registro histórico del dolor. El árbol de la vida trae la reconciliación definitiva, la paz absoluta, la armonía perfecta. No hay rencores, no hay heridas antiguas, no hay memorias dolorosas que sigan acusando. Todo es restaurado, no solo en los individuos, sino en los pueblos. Es la redención llevada a su máxima expresión.

Ante esto, notemos que la tierra sigue siendo la tierra, impregnada por la luz y por la paz, pero no son nubes, es tierra, es nuestro hermoso planeta y aun habrá naciones sobre él. La ciudad no es para que todos vivamos en ella y la tierra sea destruida. La ciudad es la capital del Reino, desde donde fluiría la autoridad y el poder. Será una tierra nueva y unos cielos nuevos, porque serán redimidos y solo morará en ellos la justicia.

Quienes predicán la destrucción de la tierra, le otorgan la victoria a Satanás. Notemos que Dios creó el planeta y puso al hombre para que lo gobernara bajo su autoridad. El hombre falló. El Padre manda a Su Hijo a redimir al hombre. Logra salvarlo y luego todo es destruido. En tal caso, ¿Dónde queda el propósito original? Sería como decir que Dios tenía un plan, pero el diablo le impidió ejecutarlo. Eso nunca ocurrirá. Dios siempre concreta Sus planes y nadie puede impedir Su voluntad.

Quien contempla esta escena entiende que la Nueva Jerusalén no es un concepto abstracto ni un símbolo poético. Es el lugar donde la historia de la humanidad alcanza su propósito. Es el jardín restaurado hecho ciudad. Es el Edén expandido. Es la vida de Dios extendiéndose sin obstáculos, sin interferencias, sin oposición. Es la revelación plena de lo que siempre debió ser y nunca pudo concretarse en la tierra caída.

Cuando Juan llega al punto culmine de su descripción, ocurre algo inesperado: no encuentra templo en la ciudad.

Para un judío del primer siglo, para alguien que conoció la gloria del templo de Herodes, que meditó en el de Salomón, que soñó con el del milenio profetizado por Ezequiel, esta afirmación debería haber sido casi incomprensible.

El templo era el corazón del culto. Era el centro espiritual de la nación. Era el punto de encuentro entre Dios y el hombre. Y sin embargo, Juan dice: ***“No vi templo en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo”***. Esta frase es un terremoto teológico, una revolución espiritual, un antes y un después.

El templo no es un edificio, sino una Presencia. La ciudad no necesita un espacio donde Dios “baje”, porque Dios llena la ciudad. La Nueva Jerusalén no tiene un lugar donde ir a adorar, porque toda la ciudad es un santuario viviente. Ya no habrá distancias entre lo sagrado y lo cotidiano, ni entre lo espiritual y lo material. Todo será culto. Todo será comunión. Todo será presencia. No existirá la vida “fuera” de la adoración. La adoración será el aire que se respirará en todo momento.

En la tierra, los creyentes tenemos momentos de devoción, tiempos de oración, espacios de adoración. En la nueva creación, la devoción no será algo que hacemos, sino algo que somos. La presencia de Dios será tan real, tan abundante, tan inmediata, que la idea de “buscarlo” ya no tendrá sentido. No lo buscaremos porque nunca estará lejos. No lo invocaremos porque jamás habrá un solo instante en que no esté palpable ante nuestros ojos. En la eternidad, ya

no habrá velos, ni intermediarios, ni mediaciones. El rostro de Dios brillará sin filtros. El Cordero será visto sin impedimentos. Y cada rincón de la ciudad será como el Lugar Santísimo del antiguo templo.

Por eso la ciudad tampoco necesita sol ni luna. No es que estos cuerpos celestes desaparezcan necesariamente de la nueva creación, sino que su función ya no es necesaria dentro de la ciudad glorificada. La luz del Cordero excede la luminosidad del universo entero. La gloria de Cristo ilumina cada calle, cada muro, cada jardín, cada esfera de la existencia eterna. No será una luz que hiera, sino una luz que vivifica; no será una luz que exponga para avergonzar, sino una luz que revela para transformar. Si en el comienzo Dios dijo: “Sea la luz”, en la consumación final la luz será la expresión permanente del Hijo. La luz no será un fenómeno físico: será una Persona.

Y esta luz no es solamente iluminación, es gobierno. Juan dice que “las naciones caminarán a la luz de la ciudad”. Este detalle es impresionante: Reitero que las naciones no desaparecen en la eternidad. No nos fundimos todos en un anonimato angelical; no nos disolvemos en una existencia abstracta.

Las identidades colectivas, los pueblos, las culturas, los trazos distintivos de la humanidad redimida permanecerán. No todos seremos lo mismo, pero todos seremos uno en Cristo. Y esas naciones vivirán, caminarán, se desarrollarán bajo la luz que emana de la ciudad. La Nueva

Jerusalén no es una cárcel ni un límite: es una fuente. Es el centro de irradiación del Reino. Desde ella saldrá la luz que ilumina todo el orden renovado.

Las puertas de la ciudad nunca se cerrarán. Nunca habrá noche. Nunca habrá necesidad de resguardarse. Nunca habrá peligro. Las puertas abiertas eternamente hablan de una seguridad total y absoluta. No existirá ningún enemigo. No existirá la tentación sino la pureza. No existirá poder que pueda perturbar el gozo de los redimidos.

La ciudad será un hogar sin amenazas. Y, al mismo tiempo, esas puertas abiertas revelarán otra verdad: la ciudad está en relación permanente con la creación renovada. No es un lugar aislado. No es una burbuja. No es un refugio para pocos. Es la capital del Reino eterno, una ciudad que brilla para que toda la tierra sea iluminada.

En este punto, uno siente que la descripción nos lleva a un límite donde las palabras apenas pueden sostener lo que ven los ojos de Juan. El apóstol no describe una fantasía espiritual, sino una realidad que está por venir. Y sin embargo, esa realidad es tan gloriosa que desborda nuestro lenguaje. La Nueva Jerusalén no es solamente un lugar: es la expresión visible del carácter eterno de Dios. Es el cumplimiento total del propósito que comenzó en el Edén. Es el Reino consumado. Es la revelación plena del corazón de Cristo hacia su pueblo.

Y tal vez por eso la escena final del capítulo sea tan conmovedora. Juan ve que nada inmundo entra en la ciudad. Nada que contamine, nada que corrompa, nada que oscurezca, nada que degrade. No habrá pecado. No habrá caída. No habrá posibilidad de perder nuevamente lo ganado. La santidad será el ambiente natural de la nueva creación. No será una obligación moral, sino el clima permanente del Reino.

Los redimidos no serán capaces de pecar, no porque pierdan su libertad, sino porque su libertad habrá sido purificada. La voluntad humana, finalmente alineada con la voluntad divina, deseará solo el bien. Será la restauración completa de lo que Adán perdió y mucho más: será la humanidad llevada a su glorificación máxima.

Los que entren en la ciudad serán aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero. Ese registro es la historia del amor de Dios hacia cada redimido. No es una lista burocrática; es un testimonio eterno. Allí se inscribe cada hijo y cada hija salvada por la sangre del Cordero. Y el hecho de que sea Él quien tiene ese libro nos dice algo profundamente tierno: Jesús no solo gobierna la ciudad, le transmite Su voluntad a sus redimidos. No es un Rey distante, sino un Esposo presente. La ciudad no será solamente el centro del gobierno terrenal, sino también el testimonio permanente de la victoria consumada.

Resulta imposible leer esta descripción y no sentir una mezcla de asombro, reverencia, esperanza y anhelo. La

Nueva Jerusalén es mucho más que un tema escatológico: es el horizonte de la vida cristiana. Es el destino final al que se orienta toda nuestra fe, toda nuestra obediencia, toda nuestra misión.

En un tiempo donde tantos creyentes viven con miedo al futuro, donde abundan los discursos pesimistas y las visiones apocalípticas deformadas, este capítulo del Apocalipsis nos recuerda que el final de la historia no es oscuridad, sino luz; no es caos, sino orden; no es derrota, sino victoria; no es miedo, sino plenitud eterna.

La Iglesia necesita recuperar la esperanza de la ciudad que desciende. Necesita recordar que nuestra vida hoy no es una improvisación ni una supervivencia. Es una preparación. Dios está formando personas que reinarán en su Reino eterno. Está moldeando corazones que habitarán una ciudad donde todo respira santidad, belleza y justicia. Y mientras ese día no llega, la visión de la Nueva Jerusalén es el ancla que sostiene nuestras manos, nuestras lágrimas y nuestros pasos.

La descripción de la ciudad eterna nos invita a mirar lo eterno con ojos nuevos. Y cada vez que nuestra fe se debilite, cada vez que el mundo nos parezca incierto, cada vez que la noche de la prueba parezca oscura, recordemos que existe una ciudad donde no habrá noche, ni dolor, ni lágrimas, nunca jamás.



Capítulo cuatro

LA TIERRA RENOVADA

“Porque el anhelo ferviente de la creación aguarda la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su voluntad, sino por la voluntad del que la sujetó en esperanza; para que también la creación misma será libertada de la esclavitud de la corrupción, para participar en la gloria de los hijos de Dios.”

Romanos 8:19 al 21

Hay una verdad que, cuando vuelve a iluminar la mente y el corazón del creyente, endereza la esperanza, ordena la identidad y redefine la misión: la eternidad no será un cielo abstracto suspendido en la nada, sino una creación renovada, habitada por seres humanos glorificados y gobernada desde una ciudad que desciende del cielo.

La Biblia insiste una y otra vez en que los santos heredarán la tierra, pero Juan, en Apocalipsis, ve una ciudad celestial que baja desde Dios. Y allí surge la pregunta que durante siglos muchos han pasado por alto: si los santos van a heredar la tierra... ¿para qué la ciudad?

Esa pregunta no es menor. Es una pregunta que toca el centro mismo del destino eterno de la Iglesia. Porque si nuestra esperanza futura se reduce a “estar en el cielo para siempre”, entonces la ciudad pierde sentido y la tierra queda fuera del plan final de Dios. Pero si la Palabra revela que cielo y tierra estarán unidos para siempre en la nueva creación, entonces la existencia misma de la Nueva Jerusalén adquiere una belleza indescriptible: una ciudad real, gloriosa, visible, que desciende para ser el corazón del Reino eterno.

Cuando el salmista declaró que ***“los justos heredarán la tierra y vivirán para siempre sobre ella”*** (Salmo 37:29), no estaba hablando en metáforas; estaba profetizando una realidad que solo se comprendería plenamente cuando Cristo venciera la muerte y trajera la promesa de una nueva creación.

Jesús lo confirmó en su enseñanza más conocida: ***“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”*** (Mateo 5:5). Y Pablo, al describir la expectativa de toda la creación, nos revela que la tierra misma espera ser redimida, ***“liberada de la esclavitud de corrupción”*** para participar de ***“la libertad gloriosa de los hijos de Dios”*** (Romanos 8:19 al 23).

Es decir, la Biblia no presenta un final desarraigado, donde los redimidos flotan en un cielo místico sin contacto con la realidad. Presenta un final profundamente encarnado: una tierra renovada, un cuerpo resucitado, una ciudad gloriosa, un gobierno justo, una creación restaurada, una

humanidad transformada. La eternidad bíblica no destruye la obra de Dios: la redime.

Por eso, la aparición de la Nueva Jerusalén no niega la herencia de la tierra, sino que la ordena y la corona. No reemplaza la nueva creación: la gobierna. No aparta a los santos del mundo restaurado: los capacita para reinar sobre él. La ciudad no es un destino alternativo, sino el centro de operaciones del Reino eterno. La Biblia no separa la ciudad de la tierra; las une como dos realidades inseparables del plan eterno de Dios.

Sin embargo, durante siglos, gran parte de la Iglesia ha heredado una visión reducida, donde la eternidad se resume en escapar del mundo e ir al cielo. Esa idea, nacida de influencias filosóficas y no bíblicas, ha debilitado la esperanza, ha apagado el sentido de misión y ha borrado del horizonte cristiano una de las promesas más gloriosas: seremos parte de un Reino real, en una creación real, bajo un Rey real, que vivirá con nosotros para siempre.

La Nueva Jerusalén es la evidencia visible de que Dios no sólo salvará almas, sino que restaurará la creación entera. Es la prueba de que la redención no se limita al espíritu humano, sino que abarca cielo, tierra, historia y tiempo. Y al descender, la ciudad confirma que el Reino no será un concepto etéreo, sino un gobierno concreto, desde un lugar concreto, sobre un mundo concretamente renovado.

Cuando Juan describe la ciudad descendiendo “*como una esposa ataviada para su marido*” (Apocalipsis 21:2), está mostrando la perfecta unión entre lo celestial y lo terrenal. La ciudad desciende no para quedarse suspendida en los aires, sino para posarse sobre una tierra renovada, libre de corrupción, llena de luz, bañada en la gloria del Cordero. Allí se cumple la palabra del salmista, la promesa del Maestro y la expectativa de la creación. Allí finaliza el recorrido que comenzó en el Edén, pasó por la cruz y culmina en la unión plena entre Dios y la humanidad redimida.

La pregunta sigue siendo necesaria: ¿por qué una ciudad si vamos a reinar sobre la tierra? La respuesta es sencilla y a la vez profunda: porque la tierra renovada necesita un centro, y ese centro es la Nueva Jerusalén. Toda nación necesita una capital; todo reino tiene un trono; todo gobierno tiene una sede. Y la ciudad que desciende desde el cielo es precisamente eso: la capital del Reino de Cristo, el lugar desde donde Él reinará, y desde donde los santos ejercerán autoridad sobre las naciones.

Esta verdad, lejos de ser un detalle secundario, redefine la identidad de la Iglesia. Somos llamados no solo a ser redimidos, sino a ser preparados para gobernar. No seremos espectadores en la eternidad, sino participantes activos del reinado del Cordero. Y la ciudad es el lugar donde ese reinado se expresa, se organiza y se irradia hacia la totalidad de la nueva creación.

Si la Nueva Jerusalén es la capital del Reino eterno, entonces la tierra renovada es el territorio donde ese Reino se despliega en su plenitud. Desde el comienzo de la revelación bíblica, Dios se manifiesta no como un ser aislado del cosmos, sino como un Rey que gobierna todo lo creado.

Pero ese gobierno, que en esta era se manifiesta muchas veces de manera invisible, finalmente se hará visible cuando la ciudad descienda y Dios mismo haga su morada entre los hombres. Allí se revelará lo que siempre estuvo en su corazón: no solo rescatar personas, sino establecer su Reino sobre la tierra, como lo anunciaron los profetas y como nos enseñó Jesús a orar: ***“Venga tu Reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo”.***

La Nueva Jerusalén es la respuesta eterna a esa oración. Porque cuando la ciudad desciende, el cielo y la tierra dejan de ser dos esferas separadas. La voluntad de Dios, que hoy se cumple parcialmente en la tierra, se cumplirá de manera absoluta porque la presencia misma de Dios estará entre nosotros. Ya no habrá distancia, ni sombras, ni mediaciones. La ciudad será la manifestación máxima del gobierno divino, y la tierra renovada será el ámbito donde ese gobierno se despliega para siempre.

En Apocalipsis, Juan nos muestra que las naciones caminan a la luz de la ciudad, y que los reyes de la tierra llevan su gloria a ella (**Apocalipsis 21:24**). Esta imagen no es alegórica: es una declaración profética del orden eterno. No habla de la humanidad antes del juicio final, sino de la

nueva creación ya establecida. En esa realidad futura, las naciones continúan existiendo, pero transformadas. No habrá rebelión, ni confusión, ni culturas heridas por el pecado. Habrá diversidad, pero una diversidad totalmente reconciliada bajo el señorío de Cristo. Y esas naciones caminarán a la luz de la ciudad porque la ciudad misma es la fuente de iluminación, de sabiduría, de justicia, de santidad y de vida.

La existencia de naciones en la nueva creación demuestra que Dios no anula lo humano; lo perfecciona. No destruye la historia; la redime. No borra la identidad; la sana. Y, al hacerlo, asigna a la ciudad un rol que ninguna otra realidad podría cumplir: ser el punto de referencia, el centro, la fuente de la luz que guía, alimenta y organiza la vida eterna.

Juan también declara que las hojas del árbol de la vida son ***“para la sanidad de las naciones”*** (Apocalipsis 22:2). Esto no implica enfermedad ni deterioro, pues nada impuro entrará en la nueva creación, sino que expresa la idea de plenitud sostenida, vida que fluye sin interrupción, renovación permanente de todas las cosas bajo el gobierno del Cordero. En otras palabras: la ciudad no solo gobierna; provee vida. No solo dirige; nutre. No solo ordena; bendice. La vida que brota del trono de Dios y del Cordero fluye desde la ciudad hacia la tierra renovada, como un río que jamás se agota y que mantiene eternamente fértil la nueva creación.

La relación entre la ciudad y la tierra es, entonces, profundamente orgánica. Así como el corazón impulsa la vida al cuerpo, la ciudad impulsa la vida al Reino. No es un objeto decorativo ni solo un símbolo del pueblo de Dios. Es la estructura visible, arquitectónica y espiritual del gobierno eterno. Es la morada de Dios, el trono de Cristo, el centro del sacerdocio y del reinado de los santos. Y desde allí se irradiará la vida hacia cada rincón del nuevo universo.

Esto nos lleva a considerar un aspecto que, muchas veces, la Iglesia moderna ha dejado en penumbra: el rol de los santos en el gobierno eterno. Si la ciudad desciende para establecer el Reino y si las naciones caminan a su luz, entonces ¿qué lugar ocupa el creyente? La Escritura es clara: ***“Reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:5).*** Este reinado no será simbólico ni meramente espiritual. Será real, concreto, pleno. Por primera vez, la humanidad redimida ejercerá el mandato original de Génesis de señorear sobre la creación, pero sin rastro de egoísmo, sin corrupción, sin abusos, sin error. Será el gobierno perfecto bajo la autoridad perfecta del Rey perfecto.

Y en ese escenario, la Nueva Jerusalén es el lugar donde ese gobierno se expresa y se organiza. Allí estarán los tronos, allí se manifestará la luz del Cordero, allí fluirá el río de vida, allí se reunirán los santos para cumplir la voluntad de Dios sobre la tierra renovada. La ciudad no es solo morada; es centro administrativo, espiritual, sacerdotal y gubernamental del Reino eterno.

Cuando entendemos esto, comprendemos también por qué Dios no nos salva para huir del mundo, sino para participar de su restauración. La vida cristiana no es entrenamiento para escapar, sino para gobernar. No es preparación para la evasión, sino para la misión eterna. Y la ciudad es la prueba de que el plan de Dios es más grande que todo lo que imaginamos: no se trata solo de salvación personal, sino de instaurar un Reino real sobre una creación real, con un pueblo real que comparte la gloria de su Rey.

En esta perspectiva, la pregunta que muchas veces nos hacemos: ¿cómo será la eternidad? empieza a cobrar un nuevo sentido. Ya no imaginamos un cielo distante e intangible, sino un mundo vibrante, luminoso, donde Dios habita con nosotros y donde la ciudad es la expresión visible de su presencia.

Un mundo donde cada detalle refleje la gloria de Cristo, donde las naciones vivan en perfecta armonía, donde la creación cante sin interrupción, donde la historia alcance su cumplimiento y donde los redimidos ejerzan su propósito eterno: administrar, custodiar y expandir la vida del Reino.

La Nueva Jerusalén no reemplaza la tierra renovada; la ilumina. No anula las naciones; las guía. No ignora la creación; la restaura. Y en esto descubrimos que la eternidad no es estática, sino dinámica; no es aburrida, sino vibrante; no es un final, sino un comienzo glorioso. La ciudad que desciende es la señal de que Dios no abandona su obra, sino que la lleva a su plenitud absoluta.

Cuando contemplamos la visión de la Nueva Jerusalén y su relación con la tierra renovada, descubrimos algo que marca un antes y un después en la manera de vivir la fe: la eternidad no es un escape, es un destino; no es un consuelo final, es un comienzo glorioso; no es el fin de la historia humana, es el inicio de la verdadera historia para la cual fuimos creados.

Esta revelación devuelve a la Iglesia la dignidad que muchas veces ha perdido. Nos recuerda que no somos un pueblo que avanza a ciegas hacia un futuro incierto; somos un pueblo que camina hacia una ciudad que ya está preparada, hacia un Reino que ya tiene Rey, hacia un lugar que ya tiene nombre y ubicación: la ciudad de Dios, la Nueva Jerusalén, la capital del Reino eterno.

Comprender esta verdad transforma la manera en que interpretamos nuestra vida presente. Si nuestra eternidad es concreta, si nuestro destino es real, si nuestro llamado eterno es gobernar con Cristo sobre la tierra, entonces esta vida deja de ser un valle de paso sin propósito para convertirse en el entrenamiento divino para un reinado futuro. Las pruebas, las luchas, los procesos, incluso las heridas que llevamos como marcas de fidelidad, adquieren un nuevo sentido: somos preparados para administrar la nueva creación.

Por eso Pablo decía que ***“los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera”*** (Romanos 8:18). No porque minimizara el dolor, sino porque había visto la magnitud del destino. Un creyente que

vive con la Nueva Jerusalén en el horizonte no se quiebra fácilmente, no abandona su llamado, no negocia su santidad, no pierde la esperanza. Sabe hacia dónde va. Sabe quién lo espera. Sabe qué está siendo formado en él. Sabe que cada día de fidelidad aquí equivale a mayor capacidad para reinar el día de mañana.

La ciudad que desciende ilumina nuestra identidad. Nos recuerda que no somos ciudadanos de un mundo que se deshace, sino ciudadanos de un Reino inmovible. Aunque caminamos en una tierra marcada por el pecado, la corrupción y la injusticia, nuestra ciudadanía está en una ciudad que jamás será sacudida, donde la justicia fluye como un río y donde la gloria de Dios es luz suficiente para iluminarlo todo.

La creencia de que nuestro destino final es un cielo etéreo y desencarnado ha debilitado a generaciones de cristianos. Ha producido una espiritualidad evasiva, desconectada de la misión y de la creación. Pero cuando recuperamos la verdad bíblica de la nueva creación, todo vuelve a su lugar. La fe se encarna, la misión se vuelve urgente, la santidad se transforma en respuesta amorosa y la esperanza deja de ser una teoría para convertirse en un fuego que arde en el corazón.

En la eternidad, Cristo no reinará solo; reinará con su Iglesia. Y ese reinado no se ejercerá desde un estado de consciencia flotante, sino desde una ciudad real, sobre una tierra restaurada. La Nueva Jerusalén, como capital del

Reino, será el lugar de encuentro, el punto de referencia permanente, la morada del Cordero y de su pueblo, el centro desde donde fluye la vida eterna hacia la creación entera.

La tierra renovada no es un premio secundario; es la herencia prometida. La ciudad no es un adorno simbólico; es la sede del Reino. Y la unión de ambas revela el propósito final de Dios: habitar con nosotros para siempre en una creación llena de Su gloria.

La Nueva Jerusalén no existe para reemplazar la creación, sino para coronarla. No es un escape del mundo, sino la plenitud del plan que Dios tuvo desde el principio: que la tierra sea llenada de su gloria, que su pueblo lo conozca cara a cara y que la vida eterna fluya sin interrupción. La ciudad es la fuente; la tierra es el campo. La ciudad es la sede; la tierra es el territorio. La ciudad es el trono; la tierra es el ámbito donde ese trono gobierna.

Por eso, cuando la Iglesia pierde de vista esta verdad, pierde también claridad sobre su misión. Una Iglesia que solo espera “ir al cielo” se desconecta de su responsabilidad presente. Pero una Iglesia que sabe que su destino es reinar sobre la tierra renovada vive de otra manera. Ora con convicción, sirve con propósito, predica con urgencia, soporta con mansedumbre, se santifica con esperanza. Sabe que lo que Dios prepara no es pequeño, y que su llamado eterno merece una vida entregada por completo.

La visión de la Nueva Jerusalén no es un capítulo aislado de la Biblia; es el clímax del relato, el cumplimiento del diseño original, la restauración final de todo lo que el pecado quebró. Es el punto donde convergen todas las promesas, donde culmina la obra del Cordero, donde la historia encuentra su verdadero sentido. Allí se revela la fidelidad de Dios, allí se manifiesta la victoria final de Cristo, allí se afirma el destino glorioso de los santos.

Y mientras esperamos ese día, no lo hacemos como quien espera un barco para abandonar un mundo en ruinas, sino como quien se prepara para recibir un Reino que no tendrá fin. Nuestra esperanza no es evasiva, es activa. No es pasiva, es transformadora. No nos saca de la misión, nos impulsa a ella. Porque quien contempla la ciudad que desciende no puede vivir igual: entiende que su vida tiene peso eterno, que su fe tiene propósito eterno y que su obediencia tiene recompensa eterna.

El día que la Nueva Jerusalén descienda, todo será restaurado. La creación será liberada, las naciones serán sanadas, el mal será abolido, el tiempo será transformado, y Dios reinará con su pueblo para siempre. Ese es nuestro destino. Esa es nuestra herencia. Esa es la esperanza que nos sostiene en medio de las sombras del presente.

Y por eso, mientras caminamos en este mundo, levantamos nuestra mirada hacia lo alto, sabiendo que la ciudad no está lejos. Ya está preparada. Ya está diseñada. Ya está brillando con la gloria del Cordero. En cualquier

momento, en el día señalado por Dios, descenderá. Y cuando eso ocurra, todo lo que hoy vemos será vestido de luz eterna.

Hasta entonces, vivimos como lo que somos: ciudadanos de la ciudad eterna, herederos de la tierra renovada, sacerdotes y reyes llamados a reflejar en el presente la gloria del Reino que pronto será manifestado en toda su plenitud.

“Pues la tierra se llenará del conocimiento de la gloria del Señor como las aguas cubren el mar.”

Habacuc 2:14



Capítulo cinco

LA IGLESIA Y SU DESTINO ETERNO

“Cristo murió para hacer que la iglesia fuera declarada santa, purificándola con el lavamiento del agua y un pronunciamiento suyo, 27 para presentársela a sí mismo como una novia, llena de esplendor y belleza. Cristo murió para que la iglesia fuera pura, sin mancha ni arruga, ni nada semejante.”

Efesios 5:26 y 27 PDT

La Biblia no presenta la eternidad de los redimidos como un paisaje nebuloso, ni como un consuelo poético para los cansados. Nos abre la puerta a un misterio que no está hecho de nubes, sino de propósito. Ese propósito es relacional, es espiritual, es gubernamental, y es gloriosamente eterno. Además, no hay nada de la Iglesia que pueda entenderse sin la palabra “bodas”, porque el final de la historia no es una batalla, ni siquiera un juicio, sino una unión. Allí apunta todo. Allí descansa la identidad final de los santos.

Cuando Juan, en Patmos, vio la escena del desenlace, no describió una multitud ansiosa ni un ejército tenso esperando órdenes. Vio una esposa. Vio una novia. Vio una mujer preparada. No una mujer perfecta en sí misma, sino perfeccionada por Aquel que la amó desde antes de la fundación del mundo. No una mujer orgullosa, sino una mujer vestida de la justicia que le fue dada.

“Gocémonos y alegrémonos”, dice el texto, “porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado” (Apocalipsis 19:7). Cada palabra pesa. No son bodas del Rey, ni bodas del Juez, ni bodas del Todopoderoso, aunque Él es todo eso y más, sino bodas del Cordero. El que reina es el mismo que fue inmolado. El que gobierna es el mismo que entregó su vida. La autoridad del Reino brota del sacrificio. Por eso la Iglesia no será una esposa arrogante, sino quebrantada y gloriosa al mismo tiempo.

Esa preparación no es un maquillaje espiritual de último momento. No es un ajuste cosmético en el final del camino. Es la obra lenta, profunda, paciente y amorosa del Espíritu Santo en el corazón del creyente. Dios no nos prepara para el cielo; nos prepara para Cristo. No nos viste para un lugar, sino para un encuentro.

Cada prueba, cada renuncia, cada acto de obediencia, cada quebranto, cada victoria secreta en la intimidad, cada sí y cada no pronunciado en fidelidad, va tejiendo ese lino fino que representa las acciones justas de los santos. Nuestro problema contemporáneo es que muchas veces predicamos la

salvación como un punto de inicio, pero no predicamos la preparación como un proceso inevitable para aquellos que realmente aman al Señor.

La Iglesia no es solamente un pueblo que será salvo, sino un pueblo que será presentado. Pablo, con una sensibilidad apostólica que se mezcla con un celo casi paternal, escribía a los corintios diciendo: ***“Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo”*** (2 Corintios 11:2). Hay pocas frases tan reveladoras del ministerio espiritual.

La meta del pastor, la verdadera, la más elevada, no es llenar un templo, ni desarrollar programas, ni producir impacto social. Es presentar un pueblo preparado para Cristo. Si un ministro no piensa en la presentación eterna, terminará pastoreando para horizontes cortos, para necesidades inmediatas, para urgencias temporales. Pero el Evangelio no es un parche para el presente; es una preparación para la eternidad.

Este destino eterno como esposa deseada transforma todo. Cambia nuestra ética, nuestra adoración, nuestra manera de caminar en el mundo. Una esposa que sabe que pronto será presentada no se entretiene con cosas triviales, no pierde el tiempo en discusiones estériles, no se contamina con aquello que mancha el vestido.

No porque esté obsesionada con la santidad, sino porque está enamorada. El amor verdadero siempre

selecciona. No todo es compatible con un corazón entregado. Y así como ningún novio sensato prepara un banquete para una novia indiferente, Cristo prepara un Reino para un pueblo que lo anhela.

La Iglesia, en su esencia más profunda, es un pueblo que espera. No espera acontecimientos, sino una Persona. No espera señales, sino un rostro. Y cuando esa espera es viva, cuando no se apaga en la rutina, cuando no se diluye en los problemas, la vida cristiana adquiere un brillo que no se puede fabricar.

Hay una diferencia visible, aunque muchas veces intangible, entre un creyente que vive para cumplir con Dios y un creyente que vive para encontrarse con Él. El primero se cansa rápido; el segundo persevera con gozo. El primero sirve por obligación; el segundo sirve por amor. El primero se preocupa por lo que Dios piensa de sus actos; el segundo se preocupa por lo que Cristo piensa de su corazón.

Quizá una de las mayores pobreza espirituales de la Iglesia contemporánea es que ha perdido la conciencia de enamorada. Se ha vuelto más funcional que relacional. Más activa que contemplativa. Más preocupada por sobrevivir que por prepararse. En un tiempo donde todo se mide por resultados visibles, hablar de la preparación del alma parece impráctico.

Sin embargo, lo que es impráctico para el marketing religioso es esencial para el Reino. Sin preparación, no hay

bodas. Sin bodas, no hay destino eterno. Sin destino eterno claro, la Iglesia pierde el norte y termina girando sobre sí misma, sin avanzar hacia la plenitud.

Cuando el Espíritu dice a través de Juan que la Nueva Jerusalén desciende “como una esposa ataviada”, está revelando algo mayor que una metáfora. Está afirmando que el Reino venidero no es una estructura fría, sino una relación consumada. La ciudad no simboliza sólo un gobierno perfecto, sino un amor perfecto.

Sin embargo, cuando uno abre las Escrituras y se asoma al propósito eterno de Dios, descubre que la identidad de la Iglesia no termina en la imagen de la esposa, aunque esa sea una expresión tierna y profunda, no es la única del diseño divino. Esa identidad se expande, se ensancha, se eleva hacia otra dimensión igualmente gloriosa: la de un pueblo sacerdotal llamado a participar del gobierno del Reino. No es un título figurado ni un elogio espiritual: es una realidad que define nuestra eternidad.

Desde el principio, Dios quiso un pueblo que ocupara un lugar de sacerdocio y autoridad. No un sacerdocio encerrado en rituales, sino uno que actuara como puente entre el cielo y la tierra. Sin embargo, Israel, aunque destinado a ser un ***“reino de sacerdotes y gente santa”*** (Éxodo 19:6), nunca alcanzó la plenitud de ese llamado, porque fue un pueblo sujeto a un pacto limitado por las sombras de la incapacidad humana.

Esa plenitud sacerdotal solo puede darse en Cristo, quien es el verdadero Sumo Sacerdote, el sacrificio perfecto y el Rey eterno. Y si Él es Rey y Sacerdote, entonces la Iglesia, siendo su cuerpo y siendo una con Él (**1 Corintios 6:17**), no puede ser menos que un pueblo formado para su mismo propósito y destino.

El libro de Apocalipsis no nos muestra a la Iglesia como espectadores del Reino, sino como participantes activos del mismo: ***“nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, y reinaremos sobre la tierra” (Apocalipsis 5:10)***. La frase es contundente ¿Dónde dice que reinaremos? No dice que aspiraremos a reinar, ni que desearemos reinar, ni que seremos administradores simbólicos de algo etéreo. Dice que reinaremos en la tierra. Dice que somos reyes y sacerdotes. Es decir, parte de la identidad eterna de la Iglesia consiste en el ejercicio de autoridad espiritual y en el servicio sacerdotal dentro de la creación renovada.

Esto choca de frente contra las ideas livianas de una eternidad pasiva, como si el cielo fuera una especie de descanso indefinido donde ya no hay nada que hacer, más que tocar el arpa sobre las nubes. Pero Dios no nos creó para la inactividad, sino para la responsabilidad, para el gobierno, para la misión, para la administración de Su gloria. El pecado interrumpió ese llamado, pero la redención no sólo restaura lo perdido: lo magnifica. La Iglesia no vuelve a Edén; va más allá de Edén. No vuelve a Adán; es una en Cristo. No vuelve al dominio de un huerto sino de toda la tierra.

Reinar con Cristo no significa mandar, sino reflejar Su carácter en autoridad, viviendo bajo Su señorío. No es dominar, sino administrar con amor, justicia, mansedumbre y gloria la creación renovada. Es ocupar posiciones de responsabilidad que fluyan naturalmente de nuestra comunión con Él.

Los que en este tiempo aprendimos a humillarnos, en aquellos días seremos levantados. Los que en este tiempo servimos con profunda sinceridad, en aquellos días reinaremos con visibilidad. Los que en estos días valoramos y actuamos bajo la gracia, en aquellos días gobernaremos ámbitos eternos bajo Su presencia.

Pero ese reinado no puede divorciarse de nuestro llamado sacerdotal. No se puede gobernar en el Reino sin haber aprendido la intimidad del altar. No se puede administrar eternidad sin haber conocido el peso de la presencia de Dios. El sacerdote en la Escritura es alguien que se acerca, alguien que intercede, alguien que guarda el fuego, alguien que ofrece lo mejor. La Iglesia será gobernante porque primero es adoradora. Su cetro surge del incienso. Su autoridad brota de la comunión. Su gobierno nace del amor.

La eternidad nos mostrará como un pueblo que gobierna, sí, pero cuya autoridad no proviene de un título, sino de una naturaleza transformada por el Espíritu. Por eso el proceso presente es tan crucial. Cada día que aprendemos a rendir nuestro corazón, a obedecer cuando nadie nos ve, a elegir lo eterno sobre lo inmediato, estamos siendo formados

para reinar. La escuela del Reino no se cursa allá arriba; se cursa acá abajo. La eternidad sólo certifica lo que la vida presente construyó en secreto.

Lo que hoy en día parece débil, en aquellos días será de gran fortaleza. Lo que hoy en día parece pequeño, en aquellos días será sumamente grande. Las lágrimas que derramamos en obediencia no se pierden: se convierten en peso eterno de gloria. El carácter que dejamos que Cristo forme en nosotros no es un adorno espiritual: es el equipamiento para nuestra función eterna. Nada se desperdicia. Nada es en vano. La santificación no es sólo para ser más piadosos; es para ser capaces de llevar la gloria de Dios sin quebrarnos.

Cuando Juan vio la Nueva Jerusalén, vio también un pueblo que “reina por los siglos de los siglos”. Ese reinado no será jerárquico como los gobiernos humanos, ni burocrático, ni centrado en el poder. Será un reinado que expresa la belleza de Cristo en la creación restaurada. La Iglesia reinará no porque sea poderosa, sino porque será semejante a Él. Y en ese reinado, lo sacerdotal nunca desaparecerá; será su esencia. Gobernaremos adorando, administraremos amando, ejerceremos autoridad sirviendo.

Es por esto que debemos calibrar nuestros ministerios, porque si hoy predicamos un cristianismo sin cruz, mañana tendremos creyentes sin autoridad. Si hoy promovemos un evangelio sin obediencia, mañana tendremos un pueblo incapaz de reinar. Si hoy hacemos de la fe un vehículo para

la comodidad, mañana descubriremos que negamos la formación que nos preparaba para la eternidad. Por eso el Espíritu insiste en forjar carácter. Por eso el Señor permite pruebas. Por eso nos llama a la santidad. No es una exigencia legalista: es una preparación real.

Nos espera un destino que no es pasivo ni contemplativo, sino vibrante, activo, glorioso. Y ese destino comienza ahora. Cada día de fidelidad es un ladrillo en ese Reino que pronto veremos. Cada acto de amor, cada gesto de obediencia, cada renuncia escondida, cada sí a la voluntad del Padre, nos entrena para la eternidad. Porque el que es fiel en lo poco será puesto sobre mucho. Y ese “mucho”, en el plan eterno, es indescriptiblemente grande.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.”

Romanos 5:1 y 2

A medida que uno avanza por las páginas de la Escritura, se vuelve inconfundible la manera en que Dios revela quiénes seremos por la eternidad. No lo hace con imágenes difusas ni con metáforas que invitan a la evasión, sino con declaraciones concretas que exigen una fe madura. La eternidad no es un escape del mundo: es el desenlace glorioso del propósito para el cual fuimos creados. Y cuando uno contempla la Nueva Jerusalén, todo lo que la Palabra

dice acerca del creyente comienza a encajar con una precisión sorprendente.

Nuestra identidad eterna no consiste simplemente en “sobrevivir” a la muerte, ni en conservar una vaga conciencia espiritual. La Biblia jamás presenta ese destino empobrecido. Por el contrario, nos llama **“reyes y sacerdotes”** (Apocalipsis. 1:6), **“herederos de Dios y coherederos con Cristo”** (Romanos 8:17), **“ciudadanos de los cielos”** (Filipenses 3:20), **“columna en el templo de mi Dios”** (Apocalipsis 3:12). Estas palabras no son metáforas para elevar la moral de los creyentes cansados; son definiciones eternas de quienes somos, de quienes estamos siendo formados, y de quienes finalmente seremos cuando el Reino se manifieste en su plenitud.

La Nueva Jerusalén no es el lugar donde tendremos una casita para vivir, será el ambiente espiritual que corresponde a nuestra nueva identidad. Será la sede del gobierno divino. La ciudad coherente con quienes seremos, así como la tierra renovada será coherente con la misión que Dios nos dará. A veces hablamos de la eternidad como si fuera una pausa o un paréntesis después de la vida presente. Pero la eternidad es, en realidad, la continuidad glorificada de la obra que Cristo comenzó en nosotros.

Todo lo que el Espíritu Santo produce hoy en la Iglesia tiene proyección eterna. Cada acto de obediencia, cada paso de fe, cada sacrificio hecho en lo secreto, cada negación del ego, cada lágrima derramada por causa del Reino contribuye

a formar en nosotros el carácter que administrará los asuntos del mundo venidero.

En **Apocalipsis 22:5** se declara que *“reinaremos por los siglos de los siglos”*. La frase es tan contundente que casi incomoda. No dice que “viviremos”, ni que “existiremos”, ni siquiera que “cantaremos por los siglos de los siglos”, sino que “reinaremos”. El gobierno eterno de Cristo no es un gobierno solitario; es un gobierno compartido con los santos.

No por mérito humano, sino por pura gracia. Es la gracia que transforma barro en realeza, que convierte esclavos del pecado en gobernantes de la creación, que toma a los despreciados del mundo para hacerlos jueces del siglo venidero (**1 Corintios 6:2**).

Si hoy la Iglesia supiera realmente quién es, viviría con una autoridad completamente distinta. No una autoridad arrogante o política, sino la autoridad mansa del Cordero, la autoridad moral de los que caminan en santidad, la autoridad espiritual de quienes entienden que el mundo presente no es su destino final.

Muchos creyentes tienen una visión reducida de la salvación. Piensan en el perdón, en la vida eterna, en la seguridad de estar con el Señor. Y es glorioso, claro que sí. Pero no es todo. Cristo no derramó Su sangre solamente para salvarnos, sino para transformarnos en una nación santa, preparada para ejercer una función eterna en el orden

renovado de la creación. Si se pierde esa perspectiva, la vida cristiana se empobrece.

La santidad se vuelve opcional, la misión se vuelve cansadora, la adoración se vuelve rutinaria. Pero cuando uno comprende que está siendo preparado para reinar con Cristo, todo se ilumina de un modo nuevo. La santidad ya no es un peso, sino un honor. La obediencia deja de ser una obligación, para convertirse en un entrenamiento para el futuro. La oración deja de ser un trámite, para transformarse en un acto de gobierno espiritual. La vida entera deja de ser una carrera para sobrevivir, y se convierte en un camino de preparación para la eternidad.

Muchos hermanos en la fe quedan atrapados en la idea de que la eternidad será simplemente “estar con Jesús”. Y claro que así será; esa es la alegría suprema de los santos. Pero estar con Él implica también participar de Su obra, de Su misión, de Su gobierno. Él no reina solo: reinará con Su pueblo. Su sacerdocio no es individual: es corporativo.

El destino eterno de la Iglesia es servir a Dios y gobernar con Cristo en perfecta armonía, en ese equilibrio santo entre adoración y autoridad que solo el Hijo pudo mostrarnos en su plenitud. En la eternidad, la Iglesia será lo que siempre estuvo destinada a ser: la expresión glorificada del Cordero en medio de la creación renovada.

La Nueva Jerusalén aparece entonces no como un premio, sino como una consagración. No es un “lugar mejor”,

sino el ámbito adecuado para el encuentro entre un Dios Santo y una humanidad redimida y transformada. Todo lo que en la tierra hoy nos resulta desprolijo, incompleto o injusto será sanado en la nueva creación.

Nosotros participaremos activamente de esa administración divina. La Biblia dice que los santos juzgarán al mundo y a los ángeles (**1 Corintios 6:2 y 3**), una declaración que nos excede y nos humilla a la vez. ¿Cómo podrá un cristiano juzgar rectamente en la eternidad si no aprende a obedecer, a discernir y a caminar en rectitud hoy? Este es el punto donde la fe se vuelve profundamente práctica: la escatología no es un tema para curiosos; es una luz para los que desean vivir seriamente el presente.

Nuestro destino eterno nos llama a caminar con una dignidad distinta, como quien sabe que pertenece a otra ciudad. Pablo lo expresó con claridad: ***“nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3:20)***. No dijo “estará”, sino “está”, porque esto no se trata de una habitación, sino de una dimensión de vida. No es una identidad futura: es una identidad actual que se manifestará plenamente cuando Cristo regrese.

Es precisamente esa identidad la que moldea nuestra conducta cotidiana. Si uno sabe que es ciudadano de un Reino eterno, no vive como esclavo del miedo, de la moda, del consumo o de la desesperanza. Vive con la frente en alto, con la mansedumbre del Cordero y con la firmeza del León.

Vive sabiendo que esta vida es apenas el prólogo, y que lo mejor todavía no empezó.

La Nueva Jerusalén, entonces, no es solamente una ciudad, es la ciudad que nos identifica. Es la capital de nuestra patria. Es el lugar donde termina la tensión y comienza la plenitud. Es el sitio donde la fe se vuelve vista, donde la esperanza se vuelve experiencia, donde la santidad se vuelve naturaleza.

Cuando uno comprende esto, algo pasa en el corazón. La vida deja de ser un esfuerzo por sostenerse y se convierte en una marcha firme hacia la eternidad. Uno empieza a caminar con un sentido profundo de pertenencia, sabiendo que cada día, cada lucha, cada aflicción, cada victoria y cada acto de amor están esculpiendo en nosotros la forma eterna del Reino. Además, la tierra deja de ser un lugar que abandonaremos para la destrucción, sino que conquistaremos para la redención.

“El que venciere heredaré todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.”

Apocalipsis 21:7



Capítulo seis

EL PODER DE LA ESPERANZA

“Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.”

Apocalipsis 21:5 al 7

La Iglesia del Señor siempre ha vivido entre dos realidades: la gloria prometida y la tensión del presente. Ese “todavía no” que late en las páginas del Nuevo Testamento no es un vacío ni un intervalo perdido, sino el terreno sagrado donde la esperanza bíblica se convierte en fuerza espiritual para resistir, perseverar y vivir en santidad.

Sin embargo, si hay algo que hoy se ha debilitado dramáticamente entre muchos creyentes, es precisamente esa esperanza. No por ausencia de promesas, sino por ausencia de comprensión. No porque la Biblia haya dejado de hablar

del futuro, sino porque la Iglesia ha dejado de escucharlo con la profundidad con que fue diseñado.

Cuando los cristianos pierden la visión de la consumación, la fe se vuelve corta, la adoración se vuelve liviana y la santidad se vuelve opcional. Cuando no se predica sobre la eternidad con claridad teológica, el corazón se acomoda a lo inmediato y se empobrece espiritualmente. Y cuando el pueblo de Dios deja de mirar la ciudad que desciende, inevitablemente termina mirando demasiado la ciudad terrenal que se desmorona. Por eso este capítulo no es un epílogo emocional ni un cierre poético de nuestro estudio, sino una urgencia pastoral: recuperar la esperanza bíblica para que la Iglesia redescubra quién es, para qué vive y hacia dónde va.

La Escritura afirma que ***“tenemos una esperanza como ancla del alma, segura y firme”*** (Hebreos 6:19). Qué imagen poderosa: un ancla que nos sostiene en medio de los vientos culturales, de las tormentas del alma y de los movimientos confusos de este siglo. No es un ancla que nos ata al pasado, sino que nos sostiene hacia adelante. No nos fija en el puerto, sino que nos permite navegar sin naufragar. Pero un ancla no sirve de nada si no está bien afirmada en un suelo firme. Y aquí es donde la escatología bíblica tiene un valor determinante: si la Iglesia no entiende con claridad cuál es su destino, tampoco podrá vivir con firmeza en el presente.

Permítanme decirlo con sencillez de maestro: la esperanza bíblica no es un escape, es una estructura

espiritual. Es lo que formatea la voluntad, ordena los deseos, orienta la vida y les da sentido a las pruebas. Cuando la esperanza se debilita, la santidad se diluye. Cuando la visión eterna se borra, el corazón se hace amigo del mundo. Pero cuando la ***“ciudad que tiene fundamentos”*** (Hebreos 11:10) se convierte en el horizonte que guía nuestros pasos, entonces la vida cristiana adquiere una dimensión completamente nueva.

La visión de la Nueva Jerusalén no es para entretener la imaginación futura, sino para sanar el desaliento presente. No es para que discutamos medidas, materiales o especulaciones, sino para que comprendamos que Dios ya nos mostró el desenlace, y que ese desenlace debe modelar cómo vivimos ahora. Juan vio la ciudad descender no para que nos refugiemos en el mañana, sino para que reine la esperanza en el hoy. Porque cuando la Iglesia se olvida de que el Reino tiene destino, misión y consumación, inevitablemente cae en dos extremos igual de peligrosos: el pesimismo fatalista o el activismo sin eternidad.

Vivimos días donde muchos creyentes sienten que “el mundo está perdido”, que “todo va a peor”, que “el enemigo avanza demasiado”. Pero la profecía bíblica jamás fue diseñada para producir miedo ni desesperanza. Los tiempos finales no son un anuncio de derrota, sino de victoria. La segunda venida de Cristo no es un escape improvisado, sino el clímax del plan eterno. Y la Nueva Jerusalén no es un símbolo romántico, sino el destino glorioso preparado para los redimidos. Cuando esto entra en el alma, se rompe la

sensación de derrota espiritual que tantos cristianos cargan en silencio.

Juan escribe: ***“Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva” (Apocalipsis 21:1)***. Es impresionante notar que el Espíritu revela el futuro no como una tragedia en aumento, sino como una renovación total. El lenguaje de la Biblia es el lenguaje de la victoria de Dios sobre la historia, no el del miedo ante el avance del mal. Y cuando el creyente recupera esa cosmovisión, vuelve a respirar fe. Ya no vive desde el cansancio, sino desde la esperanza. Ya no ora desde el miedo, sino desde la convicción. Ya no se siente un sobreviviente del siglo, sino un heredero del Reino.

La observación de una tierra nueva y un cielo nuevo, es bajo el principio de redención. Si queremos observar con revelación el plan de Dios, debemos observar nuestras vidas. Él nos llevó por el camino de la muerte y nos dio una vida nueva (**Romanos 6:4**). Sin embargo, seguimos siendo nosotros, solo que revestidos de una nueva naturaleza que será completada con un cuerpo glorificado y eterno.

La tierra está viva y Dios la creó para Su gloria. El enemigo a tratado de perturbar sus planes, al grado de pretender gobierno. Sin embargo, Dios va inclinando todo a Su favor y solo será completado Su propósito. La creación gime esperando el tiempo de su redención completa (**Romanos 8:19 al 23**), la tierra será redimida de su esclavitud y los cielos serán limpiados de todo agente del mal que hasta hoy, operan en los lugares celestes (**Efesios 6:12**).

Por eso, cuando hablamos de la Nueva Jerusalén, no hablamos de un tema decorativo para la escatología, sino del corazón mismo de la esperanza cristiana. Es la imagen final con la que Dios decidió cerrar la Biblia. Es la fotografía del destino eterno del pueblo santo. Y es, a la vez, la brújula que nos permite atravesar la confusión del presente sin perder la identidad. El cristiano que sabe a dónde va, vive de otra manera. Se relaciona con el mundo de otra manera. Ordena sus prioridades de otra manera. Y enfrenta la tentación de otra manera.

La esperanza bíblica, la real, la que viene de entender la consumación del Reino, no genera escapismo, sino fortaleza espiritual. David decía: ***“Esperé pacientemente en el Señor... y puse mis pies sobre roca firme”*** (Salmo 40:1 y 2). La esperanza no es pasiva; sostiene los pies. La esperanza no es evasiva; ordena el camino. La esperanza no es un sentimiento volátil; es una visión estable, firme, clara. Y esa visión se fortalece cuando la Iglesia contempla la ciudad que desciende y comprende que su historia no termina en decadencia, sino en gloria.

Muchos cristianos viven hoy desorientados porque fueron educados más en un “cristianismo del momento” que en una fe con proyección eterna. Se les enseñó a pedir bendiciones, no a mirar la eternidad. Se les predicó un Cristo que ayuda, pero no siempre un Cristo que reina.

Se les habló de decisiones instantáneas, pero no de una ciudad eterna preparada para los que aman su venida. Y así

se pierde la columna vertebral de la santidad. Porque nadie puede vivir en santidad si no ve la eternidad. Nadie puede renunciar al pecado si no entiende la gloria que espera. Nadie puede sostenerse en medio de la presión cultural si no contempla el Reino consumado.

Por eso, recuperar la esperanza bíblica no es una opción teológica: es una urgencia apostólica. Cuando la Iglesia vuelve a ver la Nueva Jerusalén, vuelve a recuperar el norte. Cuando vuelve a mirar la gloria prometida, vuelve a vivir como peregrina. Cuando vuelve a contemplar al Cristo vencedor, se levanta en fe, se purifica, se ordena, se santifica y se llena de propósito.

Esta es la primera de las grandes razones por las que debemos predicar, enseñar y celebrar la visión de la ciudad eterna: porque una escatología correcta produce una Iglesia firme, resistente, espiritual, pura, enfocada. Produce creyentes que no se rinden ante la cultura, sino que viven con la fortaleza de quienes saben que Dios ya escribió el final, y que ese final es glorioso.

La esperanza cristiana no es un pensamiento optimista ni un sentimiento espiritual agradable. Es una fuerza moral, una motivación espiritual y una convicción profunda que transforma la conducta. Por eso Juan declara con una claridad sorprendente: ***“Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro” (1 Juan 3:3).*** Aquí no aparece una sugerencia, sino un vínculo directo, inevitable y contundente: la esperanza produce santidad.

No como un efecto secundario opcional, sino como un fruto natural y necesario. La santidad no se sostiene solo por disciplina, esfuerzo o reglas; se sostiene por visión. Por eso tantos creyentes luchan y se desgastan tratando de vivir vidas consagradas sin entender que la verdadera fuente de la santidad no es la fuerza de voluntad, sino la esperanza eterna.

Cuando uno lee la primera carta de Juan con detenimiento, descubre que el apóstol no separa la identidad futura del creyente de su comportamiento presente. Para Juan, mirar la eternidad transforma la vida hoy. Ver al Cristo glorificado purifica la mirada. Contemplar la ciudad que desciende purifica los afectos. Esperar la manifestación final del Reino purifica la conducta.

No es casualidad que la palabra “*purifica*” esté en tiempo continuo: el que tiene esta esperanza vive en un proceso de purificación, una senda constante de renuncia, transformación y madurez. La esperanza no nos vuelve pasivos; nos vuelve responsables. No nos invita a esperar sentados; nos invita a vivir como hijos que se preparan para encontrarse con su Rey.

Este principio espiritual, tristemente, se ha debilitado en la Iglesia moderna. Muchos creyentes viven con la sensación de que la santidad es una carga moral pesada, una lista interminable de prohibiciones, o un ideal inalcanzable reservado para unos pocos “super espirituales”. Pero cuando la santidad se vive sin esperanza eterna, se vuelve legalismo. Cuando se intenta vivir en pureza sin la visión de Cristo

glorificado, se vuelve agotamiento. Y cuando la conducta moral pierde de vista el destino eterno, inevitablemente se transforma en una lucha árida, sin gozo ni propósito.

La Biblia nunca presenta la santidad como un conjunto de reglas, sino como la respuesta natural de un corazón enamorado del Reino venidero. La santidad es la coherencia entre lo que creemos y lo que esperamos. Es vivir hoy como ciudadanos de un Reino que aún no se ha manifestado con plenitud. Es ordenar la vida de acuerdo con la gloria que vendrá. Es ajustar los afectos a la luz de la eternidad.

Jesús mismo dijo: ***“Donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”*** (Mateo 6:21). En otras palabras, donde está tu visión del futuro, allí se dirige tu vida presente. El que mira la Nueva Jerusalén no puede vivir en la tibieza del mundo; su corazón ya fue capturado por algo superior.

El cristiano que contempla la eternidad no se vuelve austero, aburrido o aislado; se vuelve lúcido. Vive con discernimiento. Entiende que no todo lo que brilla es oro, que no todo lo que promete placer trae vida, y que no todo lo urgente es importante. La esperanza eterna no nos aleja del mundo, nos libera del encantamiento del mundo.

Nos ayuda a distinguir entre lo pasajero y lo trascendente. A entender que lo valioso no es lo que “funciona” ahora, sino lo que permanece para siempre. Esta claridad espiritual es la base de la santidad bíblica: no rechazar el pecado porque “está prohibido”, sino porque no

vale la pena. Porque no tiene futuro. Porque no aparece en la ciudad eterna.

Quisiera que vean esto desde esta perspectiva magisterial: La santidad no es una renuncia; es una anticipación. Es la expresión de una naturaleza recibida y su madurez, no es el voluntarismo de gente que simplemente cree. Es vivir hoy conforme a lo que somos y manifestando lo que será la plenitud de la nueva creación.

Es comenzar a saborear en la tierra, la vida que disfrutaremos en la eternidad glorificada. Es alinear la vida con el carácter del Rey que pronto vendrá. No renunciamos al pecado porque nos asusta la condenación, sino porque amamos la comunión que nos espera. No evitamos la impureza porque tememos al castigo, sino porque tenemos un destino que nos llama a la pureza.

Esta es la razón por la que Juan dice: ***“seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es” (1 Juan 3:2)***. La visión produce semejanza. Lo que contemplamos, eso somos llamados a reflejar. Si contemplamos el mundo, terminaremos imitando sus deseos. Si contemplamos nuestras propias luchas, terminaremos desanimados. Pero si contemplamos la gloria futura de la venida de Cristo y la belleza indescriptible de la Nueva Jerusalén, la santidad dejará de ser una carga y se convertirá en un deseo ardiente. La esperanza se vuelve el fuego interior que purifica, dirige y sostiene la vida espiritual.

Por eso la Iglesia primitiva vivía con una santidad ardiente. No porque tuvieran programas, metodologías o estructuras disciplinarias modernas, sino porque vivían con los ojos puestos en la venida del Señor. No para escapar en un rpto secreto, sino para observar la gloria de Su venida y la plena manifestación de Su Reino.

Ellos esperaban el Reino con tal intensidad, que cada decisión diaria era tomada bajo la luz de la eternidad. No se permitían vivir como si esta vida fuese definitiva, porque sabían que su verdadera ciudadanía estaba en el Reino venidero: ***“de donde también esperamos al Salvador” (Filipenses 3:20)***. Vivían como peregrinos ante las propuestas del sistema, pero como herederos asignados para tomar gobierno de la creación. Como sacerdotes del Reino, no como espectadores del mundo.

Cuando la Iglesia actual pierde esta visión, inevitablemente baja los estándares. La santidad empieza a negociarse. El pecado empieza a tolerarse. La fe se mezcla con la cultura. La identidad se diluye. Pero no porque la Iglesia haya cambiado, sino porque perdió la luz que ilumina el camino de la pureza: la gloria venidera. Por eso es tan urgente recuperar la esperanza bíblica. Sin esperanza, la santidad se convierte en una carga. Con esperanza, la santidad se convierte en un privilegio.

Cuando un creyente entiende que su vida es parte de un destino glorioso, deja de jugar con las sombras. Deja de entretenerse con lo que no trasciende. Y comienza a vivir con

una seriedad santa, no rígida, sino apasionada. No moralista, sino espiritual. La santidad se vuelve la ropa adecuada para la boda del Cordero, la preparación del corazón para la ciudad que desciende, el aroma del Reino que está por manifestarse.

Quizá por eso la visión de la Nueva Jerusalén aparece al final de la Biblia. No para cerrar con un efecto dramático, sino para recordar a la Iglesia que el estándar de vida de los santos no se mide por las sombras del presente, sino por la luz del futuro. Que nuestra ética no nace del miedo, sino de la esperanza. Que nuestra pureza no nace de la imposición, sino por la manifestación de una esencia recibida. Que la santidad no es una obligación, es una naturaleza deseada y disfrutable.

Cuando la Iglesia pierde la visión de la eternidad, también pierde su misión. No porque deje de hacer cosas, sino porque deja de hacerlas con propósito. La falta de perspectiva eterna no paraliza el movimiento, pero sí vacía el sentido. Se puede predicar, visitar, evangelizar, servir, administrar, liderar... y aun así sentir que todo es un esfuerzo aislado, un sacrificio sin dirección, un trabajo que no produce fruto. Pero cuando la Iglesia comprende hacia dónde se dirige la historia, todo acto, por pequeño que sea, adquiere un valor incalculable. Entender la eternidad transforma la misión presente.

Jesús no habló de la eternidad para distraernos del presente, sino para darle significado. El Reino futuro ilumina

el Reino presente. Y la Nueva Jerusalén proyecta su luz hacia nuestra tarea cotidiana, recordándonos que no estamos corriendo una carrera sin meta, sino avanzando hacia una consumación gloriosa que ya está escrita, asegurada y garantizada por la fidelidad de Dios.

Por eso Juan, cuando ve la ciudad descender, no solo describe su gloria futura; también recibe instrucciones sobre cómo debe vivir la Iglesia hoy. Es como si el cielo dijera: “Miren quienes son, miren hacia dónde van, y ahora vivan de acuerdo a eso”. La misión no nace de la urgencia del mundo; nace de la certeza del Reino. Los apóstoles no predicaban movidos por el miedo al colapso cultural, sino por la convicción de que Cristo reinará y que la nueva creación será la culminación de todo. Esa convicción es lo que les daba coraje, claridad y enfoque.

La Iglesia no está llamada a sobrevivir, sino a prepararse para reinar. Esa frase puede sonar fuerte en una época donde muchos creyentes viven a la defensiva, como si el mundo fuese demasiado grande y la Iglesia demasiado pequeña. Pero la Biblia nos muestra el cuadro completo: la Iglesia es el pueblo que va a gobernar con Cristo sobre la nueva creación (**Apocalipsis 22:5**). Y eso significa que cada aspecto de nuestra vida presente es parte de ese entrenamiento eterno. No es exageración: lo que hacemos hoy tiene impacto eterno.

Pablo lo resume con una frase que debería estremecer nuestro espíritu: *“Cada uno recibirá su recompensa*

conforme a su obra” (1 Corintios 3:8). No se trata de salvación por obras; la salvación es por gracia. Pero el galardón, el rol en el Reino, la capacidad de administrar en la nueva creación, la cercanía al trono, la participación en el gobierno eterno... todo eso está conectado con la fidelidad presente. Esta vida no es un trámite; es la siembra de la eternidad.

Por eso Jesús habla de fieles en lo poco y fieles en lo mucho. Por eso enseña sobre talentos, minas, recompensas, posiciones de autoridad, responsabilidades dadas por gracia pero administradas por carácter. Porque el que es fiel hoy, será fiel mañana; y el que desprecia lo eterno hoy, difícilmente valorará lo eterno mañana. En la economía del Reino, nada es trivial. Todo suma. Todo cuenta. Todo pesa.

Cuando uno comprende esto, la vida cristiana deja de ser un esfuerzo fragmentado y se convierte en una misión integral. Cada oración se vuelve inversión eterna. Cada acto de amor, una semilla de gloria. Cada renuncia, un paso hacia la semejanza de Cristo. Cada sacrificio oculto, un tesoro guardado en los cielos. Cada lágrima derramada en obediencia, una corona futura. Cada paso en santidad, un anticipo de la ciudad que desciende.

Esta comprensión espiritual no nos desconecta de la realidad presente; nos libera de su angustia. Porque ya no vivimos como quienes temen perder, sino como quienes saben que todo esfuerzo tiene recompensa. La misión de la Iglesia deja de ser pesada cuando se la mira desde la

eternidad. Porque entendemos que no estamos simplemente ocupando tiempo, sino construyendo para el Reino. No estamos simplemente resistiendo, sino avanzando hacia la consumación de la historia.

Por eso diría que la visión de la Nueva Jerusalén nos rescata de dos extremos peligrosos que hoy abundan en la Iglesia: el activismo sin eternidad y la pasividad espiritual disfrazada de espiritualidad profunda. El primero se agota haciendo sin saber por qué. El segundo se refugia en una supuesta “espera espiritual” que no transforma nada.

La verdad, es que los hijos de Dios que llegamos a entender la eternidad, nos volvemos activos y profundos al mismo tiempo. Nos movemos porque sabemos esperar con esperanza. Servimos porque creemos en un mañana mejor. Sufrimos porque buscamos con integridad la recompensa. Trabajamos porque amamos a nuestro Padre. Persistimos porque conocemos el destino indestructible que nos espera.

Hay una frase de Jesús que adquiere un brillo especial cuando se la lee a la luz de la Nueva Jerusalén: ***“Acumulen tesoros en el cielo”*** (Mateo 6:20). La mayoría de los cristianos la interpreta como un llamado moral a no aferrarnos a lo material, pero es mucho más que eso. Es una invitación a vivir con perspectiva eterna, a entender que existen dos economías: la de la tierra que pasa, y la del Reino que permanece.

Cuando llegamos a comprender por revelación que la eternidad es real, concreta, literal, gloriosa, que hay una ciudad, que hay un trono, que hay galardones, que hay funciones eternas... entonces invertir en esa eternidad se vuelve la decisión más lógica, sensata y deseable.

Nada de lo que hacemos para Cristo se pierde. Nada cae en saco roto. Nada es olvidado por el cielo. Mientras el mundo corre detrás de lo que perece, la Iglesia corre detrás de lo que permanece para siempre. Esa es la diferencia entre vivir con perspectiva eterna o con perspectiva temporal. Y es esa diferencia la que transforma la misión en gozo, la obediencia en privilegio, el sacrificio en adoración, y la santidad en anticipación.

La continuidad entre esta vida y la venidera es más fuerte de lo que imaginamos. No se trata de dos historias separadas, sino de un mismo diseño que avanza hacia su plenitud. Esta vida es el prólogo de la eternidad. Y la eternidad es la consecuencia del carácter formado en el presente. Lo que Dios está haciendo en nosotros ahora no es un proceso temporario, es parte de la formación eterna del pueblo que reinará con el Cordero. Por eso esta vida importa. Por eso cada día cuenta. Por eso vale la pena perseverar, incluso cuando nadie lo ve.

No debemos vivir como turistas espirituales; debemos vivir como herederos del Reino. No debemos vivir como quienes simplemente “cumplen”, sino como quienes se están preparando para gobernar. No debemos vivir desde la inercia,

sino desde la eternidad. Porque la eternidad no empieza cuando muramos. Empezó cuando Cristo nos rescató.

La Nueva Jerusalén es, en definitiva, el recordatorio más poderoso de que la Iglesia no tiene un futuro incierto, sino un destino glorioso, de un Reino manifestado con plenitud. Y ese destino debe moldear la manera en que afrontamos cada desafío presente, cada tentación, cada prueba, cada decisión cotidiana. Cuando la esperanza eterna se vuelve el motor de la vida cristiana, la misión deja de ser una carga, la santidad deja de ser una obligación, y la obediencia deja de ser un sacrificio. La esperanza eterna transforma todo. Absolutamente todo.

“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.”

Apocalipsis 21:23 al 27



Capítulo siete

IMPLICACIONES MINISTERIALES

“Aliéntense unos a otros con estas palabras...”

1 Tesalonicenses 4:18

La enseñanza sobre la Nueva Jerusalén produce un impacto tan hondo, tan determinante, que reordena prioridades, limpia la mirada, purifica motivaciones y vuelve a despertar ese sentido de destino que muchos creyentes han perdido en el camino. Por eso creo, que en el momento que un ministro se atreve a predicar acerca de la ciudad de Dios, no está dando “una clase de escatología”, sino que está abriendo ventanas para que entre aire nuevo en el corazón de la Iglesia. Está, de alguna manera, levantando los ojos de su congregación para mirar un horizonte que Dios jamás quiso que se volviera borroso.

En nuestros tiempos, hablar del futuro bíblico se volvió algo extraño, casi incomprendido. Muchos hermanos, aunque aman a Dios sinceramente, arrastran una visión pobre del porvenir. Algunos imaginan la eternidad como un cielo indefinido donde “andaremos flotando”, lejos de toda

responsabilidad, sin cuerpo, sin propósito, sin misión. Otros, en reacción opuesta, cayeron en un literalismo rígido que intenta explicar cada detalle con la seguridad de quien cree tener todo resuelto. Y otros, por evitar estos extremos, directamente dejaron de hablar del tema. Pero cuando la Iglesia ya no predica lo que la Biblia enseña sobre la esperanza eterna, el pueblo queda expuesto a una fe sin anclaje, sin horizonte y sin esa fuerza interior que la Escritura llama “consuelo”.

Por eso, enseñar la Nueva Jerusalén no puede convertirse ni en una exposición fría de datos ni en un vuelo de imaginación. Requiere un equilibrio espiritual, teológico y magisterial. Requiere sensibilidad para distinguir entre lo que Juan vio literalmente, lo que representa realidades espirituales eternas y lo que se proyecta en la nueva creación con una gloria que todavía no entendemos del todo.

No predicamos para “impresionar” con simbolismos, sino para edificar corazones que necesitan creer que Dios no improvisa, que el Reino tiene una dirección y que la eternidad no es un mito sino un destino concreto prometido por el mismo Cristo.

La gran clave ministerial es aprender a comunicar esta verdad sin caer en ninguna de las dos zanjas del camino. Por un lado, debemos evitar el alegorismo exagerado, ese que convierte todo en metáfora y termina disolviendo la realidad futura en meras imágenes poéticas. Por otro lado, debemos cuidarnos del literalismo rígido que pretende encerrar la

gloria eterna dentro de categorías humanas, como si la Nueva Jerusalén fuera simplemente “una ciudad más grande que Buenos Aires pero cúbica”. El ministro que predica este tema debe caminar con humildad, reconociendo lo revelado y lo no revelado, afirmando lo esencial y evitando dogmatismos innecesarios.

La mejor manera de predicar la Nueva Jerusalén es como la predicaban los apóstoles: con reverencia, con asombro, con un corazón lleno de esperanza y con los pies firmemente plantados en la misión presente. No se trata de un conocimiento para satisfacer curiosidad, sino de una verdad para sostener la fe.

Los ministros necesitamos transmitir esto con gozo, como quien comparte un tesoro que él mismo descubrió. Porque si la ciudad eterna no ilumina primero nuestro propio corazón, será difícil que ilumine el de otros. Cuando un ministro habla de la Nueva Jerusalén con brillo en los ojos, la Iglesia percibe que está hablando de algo real, algo que él mismo espera, algo que late en su interior como una convicción viva.

Parte de la tarea ministerial es ayudar a los creyentes a reconciliarse con el futuro. Muchos cristianos, aunque no lo expresan, viven con una especie de pesimismo espiritual: sienten que el mundo se oscurece, que el mal avanza, que la cultura se derrumba, que la Iglesia está en crisis, y que el futuro, lejos de ser una esperanza, parece una amenaza. Por eso esta enseñanza es tan necesaria.

La Nueva Jerusalén confronta este ánimo derrotado. No ignora el mal presente, pero muestra un final donde Dios vence, donde la creación es restaurada, donde Cristo reina, donde la muerte desaparece, donde las lágrimas dejan de tener razón de existir. Es imposible predicar esta verdad y no sentir que algo adentro se endereza.

Pero no solo se trata de sanar la visión del futuro, sino también de transformar el presente. Cuando una iglesia entiende que su destino no es irse a vivir a una casita en el cielo, sino formar parte de un Reino eterno donde reinará con Cristo sobre una tierra redimida, la vida diaria adquiere otro valor.

El servicio deja de ser una carga y se vuelve una siembra. La santidad deja de ser un esfuerzo moral y se convierte en preparación. La perseverancia deja de ser aguante y se vuelve construcción. Todo cambia cuando el futuro deja de ser una nube incierta para convertirse en una ciudad real. Perdón por ser reiterativo con esto, pero creo que es el desafío de esta enseñanza, comprometer a los ministros a una correcta enseñanza escatológica.

El pastor que enseña esta verdad tiene que aprender a presentarla de manera gradual, como quien guía al pueblo por un viaje. No se trata de descargar toda la información en un solo sermón. Tampoco de ofrecer detalles técnicos que puedan distraer o dividir. La meta es llevar a la Iglesia hacia una comprensión sólida, equilibrada y llena de esperanza. Por eso es tan eficaz comenzar por lo pastoral: mostrar cómo la

esperanza eterna sostuvo a los primeros cristianos; cómo Jesús mismo habló del Reino venidero como algo concreto; cómo los padres de la fe, desde Abraham, esperaban *“la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios”* (Hebreos 11:10).

Con el tiempo, se pueden introducir pasajes más complejos, explicar conexiones con **Apocalipsis 21 y 22**, hablar de la creación renovada, del reinado con Cristo, del rol de las naciones y de la naturaleza glorificada de la ciudad. Pero siempre, paso a paso, cuidando que la comunidad no pierda de vista lo más importante: esta verdad no es para discutirla, es para sostenernos. La predicación sobre la Nueva Jerusalén es un acto pastoral de esperanza, no una conferencia técnica. No se predica para demostrar conocimiento, sino para encender convicción.

Cuando una iglesia empieza a redescubrir la esperanza eterna, es necesario que esa verdad sea trabajada no solo desde el púlpito, sino también en los espacios donde se forman los vínculos, donde las dudas encuentran lugar para expresarse y donde los corazones, con más sinceridad que formalidad, se abren.

Allí, en los grupos pequeños, en los discipulados cara a cara, en los encuentros de formación, es donde esta enseñanza baja de la mente al alma, y de la alma a la vida diaria. Es en esos ambientes más íntimos donde la Nueva Jerusalén deja de ser un concepto lejano para convertirse en una esperanza cercana.

Los grupos pequeños tienen una ventaja única: permiten a los creyentes conversar, preguntar, procesar. Lo que en un sermón se declara con autoridad, en un discipulado se mastica con calma. Allí se puede explicar, por ejemplo, por qué la Nueva Jerusalén no es la Iglesia misma, aunque la Iglesia participe de su gloria; o por qué la ciudad no representa un “cielo etéreo”, sino la capital del Reino eterno en una creación renovada.

Cuántas veces, en esos espacios, alguien levanta la mano y dice: “Yo siempre pensé que en la eternidad no haríamos nada... que simplemente estaríamos ahí, sin propósito”. Y uno puede ver literalmente cómo se ilumina su rostro cuando comprende que Dios no nos creó para vivir en un estado de despersonalización espiritual, sino para reinar, crear, servir, actuar, relacionarnos, crecer y vivir con propósito para siempre.

Para enseñar esta verdad de manera efectiva en grupos pequeños, hace falta un enfoque pastoral que acompañe, que escuche, que responda sin ansiedad. Hay personas que cargan temores respecto al fin de los tiempos, o experiencias negativas con enseñanzas sensacionalistas. Otros vivieron años bajo mensajes que les metieron miedo, o que les presentaron imágenes distorsionadas del libro de Apocalipsis.

Por eso, cuando un líder o un ministro se sienta a enseñar sobre la ciudad de Dios en un ambiente íntimo, tiene que hacerlo con paciencia, con ternura, con discernimiento.

No se trata solo de transmitir doctrina correcta, sino de sanar percepciones dañadas. La Nueva Jerusalén no es un tema para atemorizar, es una verdad que debe ser restaurada.

En estos espacios, una clave pastoral es mostrar la continuidad entre lo que somos hoy y lo que seremos en la eternidad. Muchos creyentes piensan que la vida eterna será tan diferente que no vale la pena esforzarse en nada aquí. Pero cuando descubren que la eternidad no borra nuestra identidad, sino que la perfecciona; que nuestros dones no desaparecen, sino que se glorifican; que nuestra labor no se esfuma, sino que se transforma; entonces comprenden que lo que hacen hoy tiene un valor eterno. Y esto cambia la actitud con la que sirven en la iglesia, en sus familias, en sus trabajos. La Nueva Jerusalén no te aleja de la responsabilidad presente, te la intensifica.

Otro aspecto pastoral fundamental es ayudar a los creyentes a integrar esta esperanza en su vida diaria. No alcanza con conocer la doctrina; es necesario que esa doctrina se convierta en convicción y esa convicción en estilo de vida. Y la manera más práctica de lograrlo es enseñar a la Iglesia a mirar cada situación, las dificultades, los desafíos, los dolores, las decepciones, desde la perspectiva del Reino eterno.

Un creyente que comprende su destino no vive aplastado por los problemas. Puede ser herido, sí; puede llorar, sí; puede tener días oscuros, también; pero, aunque le tiemblen las piernas, no pierde el horizonte. Sabe que hay una

ciudad esperándolo, que su historia tiene un desenlace glorioso, que su sufrimiento no es eterno y que su esperanza no es imaginaria.

Por eso, enseñar la Nueva Jerusalén en la vida práctica de los creyentes implica mostrar que esta verdad no se limita al “final de los tiempos”, sino que transforma la manera en que enfrentamos el presente. La angustia se combate con esperanza. El pecado se combate con visión. La tibieza se combate con eternidad. La pasividad se combate con propósito. Y todo eso está contenido en la revelación de la ciudad de Dios. No es un tema solo para estudiosos de la profecía, es una verdad para ser enseñada a todos.

Una de las transformaciones más profundas ocurre cuando la Iglesia comienza a recuperar una visión sana del futuro. Muchos cristianos, aun sin quererlo, viven una especie de fe deprimida, donde el mundo parece más fuerte que la Palabra y el mal parece más determinante que las promesas.

Con frecuencia escuchamos frases como: “Cada vez estamos peor”, “El diablo está suelto”, “El mundo está perdido”. Y aunque la Biblia reconoce la existencia del mal, nunca presenta el futuro como derrota para los santos. Al contrario, la Palabra es un canto insistente a la victoria de Dios, a la restauración del cosmos, a la redención de la creación, al triunfo del Cordero, a la gloria de la ciudad eterna que descende. Predicar esto con claridad tiene un efecto

espiritual directo: levanta la cabeza del pueblo, como un pastor levantando el rostro de una oveja triste.

Algunos ministros enseñan como si el diablo fuera a terminar ganando su dominio sobre la tierra. Enseñan sobre un mundo destruido completamente, un cielo destruido y una gran mayoría de seres humanos perdidos eternamente. Luego ponen la esperanza de ver un pueblo salvado que cantará en el cielo eternamente, sin gobernar nada, pero alejados de toda maldad. Esa no es una verdad completa y correcta.

Lo más que hará el enemigo es manifestarse a través de un gobierno global, pero luego vendrá el Señor que establecerá con ira Su justicia y manifestará Su gobierno de toda Su creación. La tierra será redimida, y los santos juzgaremos y gobernaremos con el Señor en la tierra. Con el Señor en la capital del Reino de Dios, la Nueva Jerusalén que descenderá para ser posicionada como corona de la creación.

Cuando una iglesia recibe esta visión, cambia hasta su manera de orar. Dejan de ser oraciones de supervivencia para convertirse en oraciones de avance. Dejan de orar como quien pide permiso para existir, para orar como quien sabe que va a reinar con Cristo. Cambia la forma de servir: ya no sirven por presión para ser salvos, sino por ser salvos, santos y con grandes promesas absolutamente garantizadas por las obras de Jesucristo.

Y en el corazón de todo este proceso está el rol ministerial. Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y

maestros que prediquen la Nueva Jerusalén no solo instruirán al pueblo, sino que renovarán la fe cansada, sanarán el ánimo debilitado, y generarán una nueva visión del propósito eterno. La correcta predicación escatológica, es un tipo de medicina espiritual que no se consigue con discursos motivacionales. Se consigue con Palabra eterna. Por eso, cuando un ministro se atreve a enseñar esto en grupos pequeños, en discipulados, en clases, en charlas informales, está depositando semillas de eternidad en almas que necesitaban creer que el futuro no está perdido.

“Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.”

Efesios 4:23 y 24

Cuando la Iglesia empieza a descubrir esta verdad y a incorporarla en su vida comunitaria, surge una transformación profunda, casi silenciosa pero imparable: se forman discípulos con una visión clara del Reino. No discípulos que repiten frases religiosas, sino discípulos que viven con conciencia eterna. Y ese es uno de los frutos más preciosos de enseñar la Nueva Jerusalén: genera una espiritualidad robusta, sin fantasías, sin miedos, sin misticismos vacíos. Una espiritualidad anclada en una esperanza sólida, como esa “ancla del alma” de la que habla Hebreos.

El anuncio de la Nueva Jerusalén también sana miedos que durante años fueron alimentados por malas enseñanzas o

por silencios pastorales. Hoy vemos creyentes que tienen temor a la muerte, temor al futuro, temor al Apocalipsis, temor a la profecía. En lugar de ver la historia bíblica como la victoria progresiva del Cordero, la ven como una amenaza. Pero cuando se enseña que la eternidad no es desaparición sino plenitud, no es evasión sino restauración, entonces el miedo se deshace como una sombra al amanecer. La escatología bíblica no produce terror, produce paz. No produce incertidumbre, produce madurez. No produce ansiedad, produce templanza. Y qué importante es esto para la Iglesia en tiempos donde la ansiedad se volvió epidemia.

Muchos creyentes viven aplastados porque sienten que el presente es todo y le tienen mucho miedo a la muerte. El dolor del día parece absoluto, la injusticia del mundo parece definitiva, las pérdidas parecen irreparables. Y claro, cuando el corazón no tiene horizonte, todo pesa más. Pero cuando el alma es discipulada con esperanza eterna, todo cambia. Lo que antes era insoportable, ahora es temporal. El dolor sigue teniendo peso, pero ya no es dueño de la última palabra. La última palabra la tiene Dios, y está escrita:

“Y el que está sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y añadió: Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas.”

Apocalipsis 21:5 LBLA

Esta visión del futuro glorificado también devuelve sentido al presente de maneras muy prácticas. El creyente que comprende que será sacerdote y rey con Cristo, empieza a

vivir hoy como tal. Se vuelve más responsable, más íntegro, más sensible al Espíritu. Deja la pasividad y abraza el propósito. Se quita hábitos que antes justificaba, porque ahora sabe que está siendo preparado para cosas mayores. Vive con un sentido de destino que purifica. Y eso es exactamente lo que Juan afirma: ***“El que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo”***. La esperanza eterna es un motor de santidad, no una excusa para descuidarse.

Una iglesia que entiende su destino no se consume en discusiones superficiales ni en peleas insignificantes. Una iglesia que recuerda su futuro eterno no pierde tiempo en rencillas internas. Una iglesia que contempla la gloria de la ciudad que viene se hace más servicial, más generosa, más enfocada en el Reino. Las prioridades se alinean. El culto se vuelve más profundo. La predicación se vuelve más profética. El servicio se vuelve más desinteresado. La fe se vuelve más madura.

Y hay algo más: esta enseñanza confronta las visiones negativas del futuro que muchos cristianos arrastran sin darse cuenta. Estamos acostumbrados a una narrativa derrotista, como si la Iglesia fuese una barquita frágil tratando de no hundirse en medio de la tormenta. Pero la Biblia presenta el futuro de manera completamente distinta. La ciudad que viene no es símbolo de fracaso, sino de consumación. No es testimonio de que “el sistema diabólico ganó”, sino de que Dios restauró todas las cosas. No es la prueba de que la Iglesia perdió, sino de que la Esposa fue perfeccionada,

glorificada y preparada para participar del gobierno eterno del Cordero. Enseñar esta verdad es romper, con autoridad pastoral, toda mentalidad de derrota.

Al recuperar esta visión, la Iglesia se despoja de la desesperanza. Se vuelve más agradecida, más expectante, más estable emocionalmente. Empieza a ver las noticias del mundo sin caer en pánico, porque sabe que el mal no escribe el final. Empieza a servir sin quejarse, porque sabe que su labor no es en vano. Empieza a sufrir sin desesperar, porque sabe que hay una mesa preparada en la ciudad del Gran Rey. La Nueva Jerusalén no solo nos espera: nos forma mientras vamos hacia ella.

Finalmente, enseñar esta verdad tiene un efecto precioso para la vida de todo ministro del Evangelio. Un ministro que predica la eternidad encuentra descanso en medio de las cargas. Sabe que no lleva todas las soluciones aquí; sabe que habrá lágrimas que solo Dios enjugará; sabe que hay batallas cuya victoria final no será vista en este siglo, pero será celebrada en el venidero.

El ministro que vive con esperanza eterna no se quema, no se amarga, no se endurece. La visión de la ciudad que descende lo sostiene. Le recuerda que su ministerio no es en vano, que su labor no es inútil, que su predicación no es estéril. Le recuerda que, aunque hoy siembra con lágrimas, un día cosechará con gozo.

Obviamente, un libro como este también es un llamado para que los ministros estudien y enseñen una verdad escatológica ajustada y desafiante. Deben enseñarla con valentía. Presentarla con claridad. Predicarla con pasión. No permitan que la Iglesia siga viviendo sin horizonte. No deben permitir que la fe que poseen se vuelva miope, porque el Reino de Dios y la Nueva Jerusalén no solo son el destino final de los santos: sino que son la visión que purificará el presente de la Iglesia.

“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos.”

Apocalipsis 22:1 al 5



EPÍLOGO

“Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto.”

Apocalipsis 22:6

Hay verdades que no fueron dadas para decorar nuestros estudios bíblicos, sino para direccionar nuestro caminar. La visión de la Nueva Jerusalén no aparece al final del Apocalipsis como un adorno simbólico, sino como la coronación de toda la revelación de Dios, como la ventana abierta hacia nuestro hogar definitivo.

Por eso, cuando Juan la vio descender, su corazón comprendió algo que la Iglesia del siglo XXI necesita redescubrir: la eternidad no es evasión, no es fantasía, ni es un mundo etéreo donde flotamos despegados de todo; la eternidad es destino real, concreto y glorificado. Es vida. Es hogar. Es propósito consumado.

A lo largo de estas páginas contemplamos la ciudad de Dios desde distintos ángulos: su naturaleza glorificada, su rol en el plan eterno, su arquitectura divina, su relación con la tierra renovada, su conexión con la identidad y el destino de la Iglesia, y su impacto inmediato sobre nuestra vida presente. Pero ahora, al cerrar este recorrido, es necesario

detenernos un instante y permitir que esta visión deje de ser información y se convierta en transformación.

Porque la pregunta fundamental nunca es solo ¿qué es la Nueva Jerusalén?, sino ¿qué hace esta esperanza en nosotros hoy? ¿Cambia nuestra manera de enfrentar las pruebas? ¿Redirige nuestras prioridades? ¿Purifica nuestro corazón? ¿Nos recuerda que no caminamos hacia un futuro incierto, sino hacia una realidad gloriosa preparada por Dios mismo?

Juan escribió: ***“Y vi la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una novia...”*** (Apocalipsis 21:2). No es el hombre construyendo un futuro mejor; es Dios trayendo la plenitud de su propósito. No somos nosotros trepando al cielo; es el cielo descendiendo para habitar entre nosotros. Ese simple detalle derriba miles de ideas erradas: la eternidad no es un escape, es un encuentro; no es una fuga del mundo, es la consumación de la creación; no es la abolición de la tierra, es su renovación absoluta.

Por eso la Nueva Jerusalén cambia nuestra manera de vivir. Cuando sabemos que nuestro destino eterno no es la nada, ni un limbo invisible, ni la mera supervivencia de un alma flotante, sino un Reino sólido, luminoso, santo, donde Dios gobierna y nosotros participaremos plenamente con Él, entonces de pronto el presente se define por esa certeza. Quien tiene esta esperanza no vive improvisando: vive preparándose. Vive purificando su vida, como enseña Juan:

“Todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica, así como Él es puro” (1 Juan 3:3). La esperanza verdadera no adormece; santifica. No distrae; enfoca. No nos hace evadir el mundo; nos enseña a caminar en él como alguien que ya ha visto el final.

Esta ciudad que descende nos recuerda que no somos pasajeros sin rumbo ni sobrevivientes de un tiempo oscuro. Somos ciudadanos del Reino que viene. Somos herederos de una tierra renovada. Somos parte de la esposa preparada para el Cordero. Somos piedras vivas destinadas a habitar en la morada del Dios eterno. Y cuando lo asumimos, la desesperanza pierde su poder, la ansiedad retrocede, el pecado pierde su atractivo, y la misión recupera su urgencia.

La Nueva Jerusalén no es solo el cierre de la historia: es la brújula de la Iglesia. Nos orienta, nos endereza, nos llama. Nos muestra hacia dónde vamos... y por eso nos enseña cómo vivir ahora.

Mientras el mundo corre sin dirección, la Iglesia mira hacia adelante con expectativa. Mientras muchos sienten que el futuro es una amenaza, nosotros sabemos que el futuro es un cumplimiento. Y mientras la cultura describe la muerte como un final, nosotros la vemos como un umbral: el paso hacia la plena manifestación del Reino que ya comenzó, pero que todavía no descendió en su totalidad.

Este libro termina, pero nuestra esperanza no. La visión de Juan sigue llamándonos. La voz del que estaba

sentado en el trono sigue resonando: ***“He aquí, yo hago nuevas todas las cosas... Escribe, porque estas palabras son verdaderas y fieles” (Apocalipsis 21:5).*** Y si son verdaderas y fieles, son suficientes para sostenernos. Son motivo para caminar en santidad, servir con entrega, amar con propósito, predicar con urgencia y vivir con la mirada puesta en lo eterno.

Por eso, amados hermanos en Cristo, los invito a algo más profundo que simplemente terminar un libro: los invito a caminar desde ahora como ciudadanos del Reino, cuya capital es la Nueva Jerusalén no la vieja. A vivir con el perfume del Reino en nuestro carácter, con la luz del Cordero iluminando nuestras decisiones, con la paz de tener en claro el destino profético.

Que el Señor, quien es el Alfa y la Omega, afirme en nuestro corazón esta esperanza gloriosa. Que su Espíritu Santo mantenga vivo en nosotros el anhelo por Su presencia eterna. Y que podamos, como Iglesia, vivir con la dignidad, la pureza y la pasión de quienes ya han visto proféticamente lo por venir.

“El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.”

Apocalipsis 22:20 y 21

Oración final:

Padre nuestro, Creador de los cielos y la tierra, venimos ante Ti con corazones agradecidos, reconociendo que todo lo que hemos leído y meditado es un reflejo de Tu fidelidad y de Tu gloria. Gracias porque no nos dejaste solos, porque nos has dado una visión, un destino, una ciudad que descende del cielo para habitar con nosotros. Gracias porque la eternidad no es un sueño lejano, sino un propósito que nos invita a vivir con santidad, pasión y alegría aquí y ahora...

Te pedimos, Señor, que esta revelación transforme nuestra manera de vivir. Que Tu Espíritu Santo encienda en nosotros un amor profundo por Tu Reino, que nos impulse a caminar en pureza y en integridad, y que nos haga conscientes de que cada acto, cada palabra y cada decisión tiene valor eterno. Haznos, Señor, discípulos que no solo sueñan con la ciudad futura, sino que reflejemos hoy con nuestras vidas, con nuestras familias, con nuestras actividades y como Iglesia...

Ayúdanos a vivir como ciudadanos del cielo, aunque estemos en la tierra, con ojos puestos en lo eterno, con corazones llenos de fe, y con manos listas para sembrar justicia, misericordia y verdad, sin una mentalidad de escape, sino de conquista y permanencia...

Señor, que tu venida sea siempre nuestra motivación, que la visión de Tu ciudad nos lleve a amar más, servir mejor y esperar con gozo. Y cuando nos llames a cruzar el umbral de esta vida, que podamos entrar confiados y sin miedo, y

contemplar finalmente, cara a cara, la ciudad gloriosa que nos preparaste desde antes de la fundación del mundo...

Te pedimos todo esto en el nombre de Tu Hijo amado, nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, quien vive y reina contigo por los siglos de los siglos... ¡Amén!



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

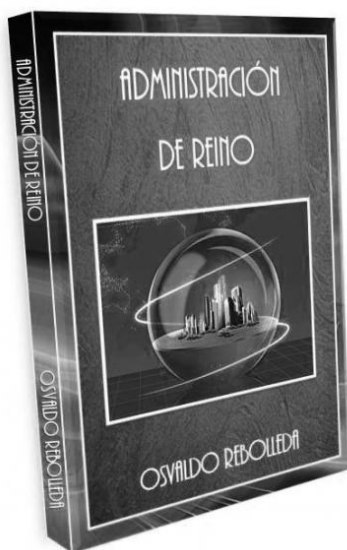
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

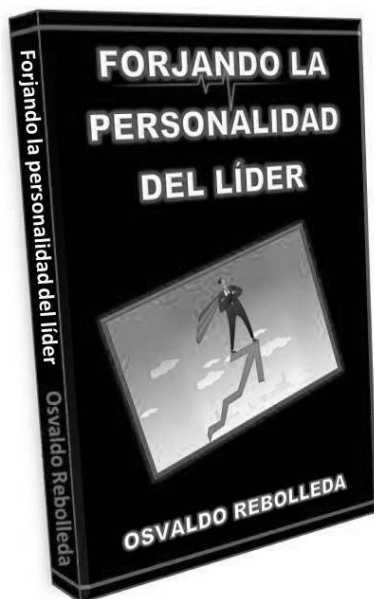
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

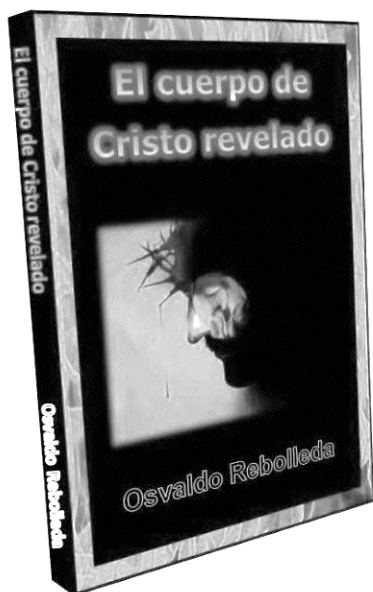
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



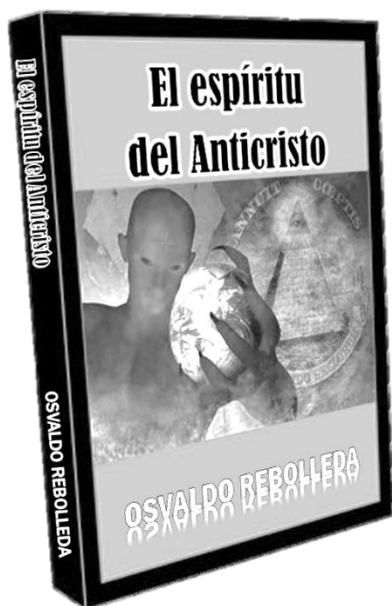
www.osvaldorebolleda.com



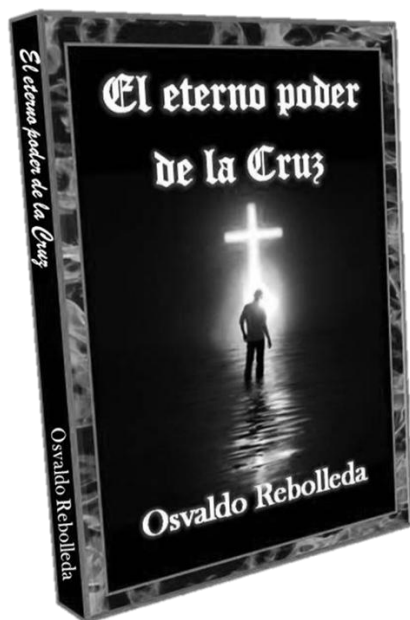
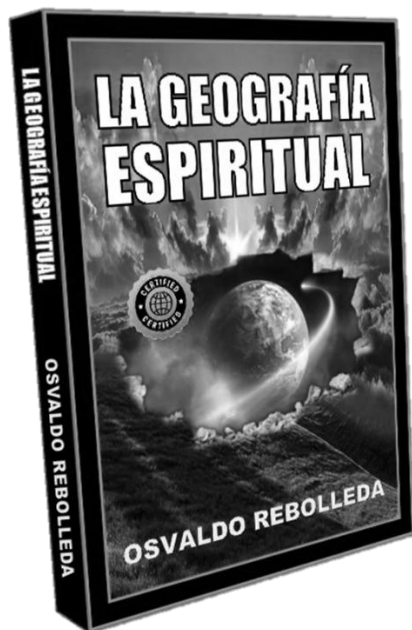


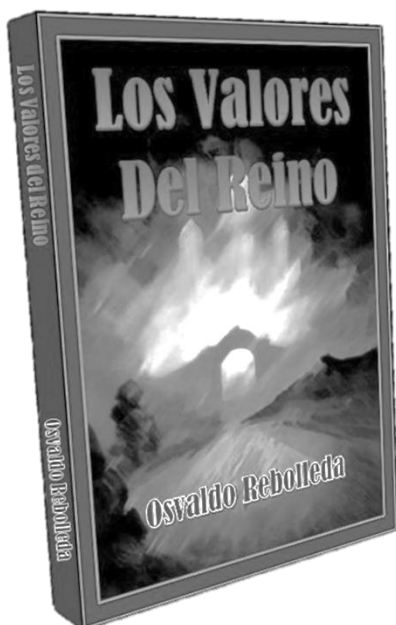
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

